La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 5 de diciembre de 1892 — Núm. 571



ANTE LA TUMBA DE CÁTULO, cuadro de Hermán Kaulbach, existente en la Galería de Munich

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

La ¿crítica? está á la altura de la Exposición. Apunté en mi anterior artículo cuáles eran aquellos cuadros que tenían el valor de una idea interesante, y ya recordarán mis lectores que no son más de una docena. Leí cuanto de esos cuadros las gentes que teniendo (y no teniéndola también) vela en este entierro dijeron desde las columnas de diarios y revistas, y tampoco saqué nada en limpio; las ideas brillan por su ausencia de las plumas de esos Aristarcos; en cambio su santa ignorancia la lucieron esplendorosa, y hasta hubo alguno que destrozó el castellano y se destrozó él mismo diciendo de su labor crítica que era un *trabajo pedestre*. Lo único en que estuvo acertado.

Pero sabido tenemos como toda regla tiene su excepción. Aquí la excepción la forman Madrazo (don Pedro) y Balart. El primero defiende teorías que concuerdan totalmente con las ideas estéticas del antiguo régimen, manifestadas en esta Exposición por varios pintores de mérito indudable; el segundo, si concede á las nuevas tendencias importancia en la plástica y en la idea, sin embargo, no por eso deja de lanzar los dardos de su agudo ingenio y clarísimo talento contra esa evolución novísima.

Madrazo no transige. Cree de buena fe que las ideas democráticas han venido á quitar el valor y la importancia á los hechos que la gente aristocrática realizó en otros siglos, para en su lugar dársela á los de las gentes del pueblo; y como ejemplo de este aserto, cita entre varios cuadros el lienzo *Una huelga*. No puede concebir el ilustre académico que se le den proporciones grandes á asuntos como el citado ó como al que titula su autor *Las sardineras*. En cambio encuentra muy justo que se destinen cinco ó seis metros de tela al episodio *El triunfo de la Santa Cruz* ó al que representa al cardenal Cisneros examinando los planos del hospital que fundó en Illescas.

Aquí surgen dos cuestiones: la de la importancia efectiva de unos y de otros asuntos y la puramente estética.

No hay duda que el primer caso apenas si tiene defensa posible, mirándolo desde el punto de vista en que se coloca el ilustre crítico de *La Ilustración Española y Americana*. Las ideas democráticas, como en otros días las teocráticas y autocráticas, tienen la importancia que les da la sociedad á la cual rigen. Prescindiendo de aquilatar si es mejor ó no la doctrina democrática que las demás doctrinas y escuelas políticas, el hecho es que esta escuela es la dominante, la que caracteriza á la sociedad moderna. Dentro, pues, de esta fórmula debemos tener en cuenta que el arte ha de buscar necesariamente ideas y emociones allí donde la humanidad busca el progreso. Con la democracia vinieron á la lucha por ideales más ó menos utópicos, más ó menos reales y justos, entre otros el socialismo. No creo que el Sr. Madrazo pretenda negar la gravedad é importancia de esa doctrina perfectamente humanitaria en el fondo; no negará tampoco que el socialismo alcanzó en estos últimos tiempos el derecho de ser admitido á tomar parte en las decisiones del poder parlamentario, y que por lo tanto ha comenzado á influir de un modo directo en la preparación de otra sociedad totalmente distinta de la actual. Negar, pues, importancia á cosa de tanto bulto, posponiéndola á la hazaña de Núñez de Lara ó al acto vulgarísimo de examinar unos planos, paréceme lo mismo que tener por cierto cómo la batalla de las Navas produjo una transformación total en el modo de ser de la humanidad, ó que del examen dicho de los planos de un hospital resultó el descubrimiento de una luz física ó de un nuevo agente de la Naturaleza que, como la electricidad ó el vapor, hubo de revolucionar por completo la vida industrial y mercantil.

Y descendiendo de ese alto punto de vista á otro mucho más bajo en el orden de las ideas, sigo creyendo á *Las sardineras* de Ugarte como dignas de ser pintadas, según su autor lo hizo, en un lienzo de cuatro metros y medio. Si el ejercicio de la guerra fué en algún tiempo la labor de los nobles, y no se puso en tela de juicio jamás que los hechos de armas de nuestros Laras, Girones y La Cerdas no fuesen dignos de ser representados en grandes cuadros, aun cuando tales hechos de armas no hayan significado nada, mirados aisladamente, no veo la razón para que hoy caracterizándonos el trabajo, como entonces nos caracterizó la guerra, no merezcan á su vez, sean quienesquiera las gentes, ser representadas en vastas telas las escenas de esta otra lucha por la existencia; escenas que tienen la importancia de una moralización social bastante mayor que la de los siglos de los Tenorios y Enriques de Castilla ó del VIII de Inglaterra. Dígame por su vida el Sr. Madrazo si será de más alto concepto filosófico el hermoso cuadro *¡Nunca más servir á señor que se me pueda morir!* ó *Las hilanderas*, de Velázquez.

Esto por lo que atañe á lo psíquico, que tocante á lo plástico, me permitirá mi querido y respetable amigo D. Federico Balart que le haga presente cuánto es mi sentimiento por no estar conforme con sus apreciaciones. Díceles á los Sres. Cutanda y Ugarte que sus cuadros están pintados con sordina y que las disonancias á media voz son menos escandalosas, aun cuando cree – y cree muy bien – que los días pardos de la costa cantábrica, muy bella de tonalidad para esfumar un paisaje, son endiablados para modelar á cielo abierto una figura humana.

Ciertamente, dificilísimo es modelar á cielo abierto y en países como los del Norte y Noroeste una figura; y si es verdad que las disonancias son menos escandalosas, en cambio se corre el terrible peligro de la monotonía dentro de una tinta, que es tan deplorable como la desarmonía misma. Vencer esta dificultad constituye un triunfo, á mi entender bastante mayor que el conseguido en un país donde el sol produzca violentos contrastes de color y de clarobscuro. Pero además de esto, hay otro punto en el que tampoco coincido con lo que indican mi ilustre amigo y el Sr. Madrazo. La disposición de las escenas – y ahora ya no señalo cuadros – con arreglo á un patrón, aun cuando ese patrón lo utilizasen nuestro incomparable Velázquez y el gran Rubens, á plaza sacados por el Sr. Balart, creo que es tanto como trabarles á los artistas la libre manera de dar forma á sus pensamientos. Hasta ahora viene aconteciendo con las composiciones lo que con los actores (no todos), los cuales si requieren de amores á la dama joven ó apostrofan al barba, lo hacen dirigiéndose al público, que resulta el requerido ó el apostrofado; ó bien como en los concertantes finales (y no finales) donde salen pajes, damas del acompañamiento, soldados y gente del pueblo, que le cuentan al espectador ó le gritan lo que deben contarle, gritarle, aplaudirle ó silbarle al *Duca d' Este* ó al moro Muza. De este modo y con arreglo á esta falsedad evidente disponen sus composiciones muchos artistas de los que el Sr. Madrazo señaló como buenos en su último trabajo crítico.

Tengo por cierto que hay asuntos en los cuales la emoción estética, especialmente cuando ésta la produce una escena dramática de la que es actora una colectividad, no reside en una figura ni en un rostro. Un soldado solo, por muy bien expresado que se halle en su rostro el ardor bélico que le acomete en la batalla, nunca causará tan honda impresión como indudablemente causaría ver un batallón ó un regimiento marchando á la bayoneta sobre el enemigo: claro está que si el artista logra imprimir en el rostro de algunos de esos soldados los rasgos característicos del valor, de la energía, de la locura sublime que se apodera de ellos en momento tan solemne, habrá logrado una síntesis; pero lo emocional (y dispénsenme lo británico de la voz), lo dramático reside en la totalidad de la escena.

Y viéneme ahora á las mientes que he ofrecido ocuparme de las tendencias dominantes en esta Exposición para realizar la obra pictórica. En efecto, por lo que se refiere á los asuntos, descartando aquellos cuadros que pueden llamarse de *certamen*, hechos *ad hoc*, en los cuales el artista se propone interesar al espectador con el doble motivo de la verdad plástica y del concepto emitido, en el resto de la sección española de pintura domina casi por completo el asunto del acaso, la nota más ó menos simpática de color, el apunte ampliado en el taller, y por lo mismo, falto de la espontaneidad que tiene la impresión directamente sentida y hecha del natural. Esto por lo que, como digo más arriba, se refiere al asunto; en cuanto á la disposición de él, justo es decir que en general la discreción domina en este sentido.

Sin embargo, cuadros hay del género rural y del de costumbres que son dignos de estudio por la buena tendencia estética que dentro de la plástica, como de la sencillez del motivo, se advierte en ellos. Pongo por ejemplo los lienzos de pequeñas dimensiones que exhibe Gonzalo Bilbao. Todos ellos son estudios de luz (la del sol), estudios hechos con gran habilidad y escogidos con exquisito gusto. Dentro de la escuela bucólica, la tendencia á impresionar con espectáculos de una sencillez grande, buscándolos en la vida del campo, sin caer en los ridículos lirismos de otros pintores que, *vis á vis* de los de Bilbao, nos muestran sus cuadros, en los cuales se ve el empeño de sacarle, como suele decirse, *consecuencias filosóficas* á lo que no puede ni debe mirarse sino desde el punto de vista de la belleza plástica y del sentimiento sano y dulce que emana de la Naturaleza; he aquí la tendencia, repito, que con el citado autor de *La vuelta al hato* advierto en algún otro artista, como Maximino Peña, premiado con medalla de 3.ª clase por su cuadro *Leñador montañés;* López Cabrera, también premiado por *El cuento del abuelo*, como Pérez del Camino y Barrau, pese á la tendencia de la paleta de este último. Y dentro de la pintura dicha de género, cuatro ó cinco personalidades, además de las que apunté en mi otro artículo *Verdades y mentiras,* pueden contarse como seguidoras de las tendencias al arte moderno señaladas por la estética.

Resumiendo, creo poder afirmar que, á excepción de un pequeño número de artistas, el resto de los que exponen en este certamen todavía se encuentran bajo el dominio de las ranciedades técnicas que defienden enérgicamente pintores dignos de todo respeto, á pesar de ser *rancios*. La factura, la pasta, la composición disponiéndola de modo que no haya en ella figura alguna que cometa el desacato de volverle las espaldas al público; la trillada y manoseada vida burguesa en sus aspectos todos, menos en aquellos que es menester presentir más que ver, porque siempre lo extraordinario ó lo dramático es lo menos ostensible: he aquí la vulgaridad que sigue y seguirá por tiempo indeterminado dando fisonomía á nuestras Exposiciones. La sencillez, la inocencia del procedimiento, la espontaneidad del sentimiento estético: he aquí lo que á duras penas se columbra. Cataluña tiene artistas que presienten algo de esta tendencia eminentemente espiritual; pero esos artistas (no todos felizmente) la adulteran, bien empeñándose en sacarle, según el modismo vulgar ó barbarismo, *punta*, haciendo una cátedra política ó religiosa del taller, ó secundando en la plástica locuras de impotentes, que tales son hoy las escuelas francesas con rarísima excepción.

Y termino felicitando á los escultores Blay, Fuxá y Parera, que han conseguido primeras y segundas medallas, y á mi amigo Cutanda, cuyo cuadro *Una huelga* es la única medalla de oro concedida á la verdadera pintura *modernista* limpia de influencias francesas, y á Sorolla porque ha sabido encontrar en su *¡Otra Margarita!* una nota hondamente humana y hondamente conmovedora.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 1.º de diciembre de 1892

EL CANAL DE PANAMÁ

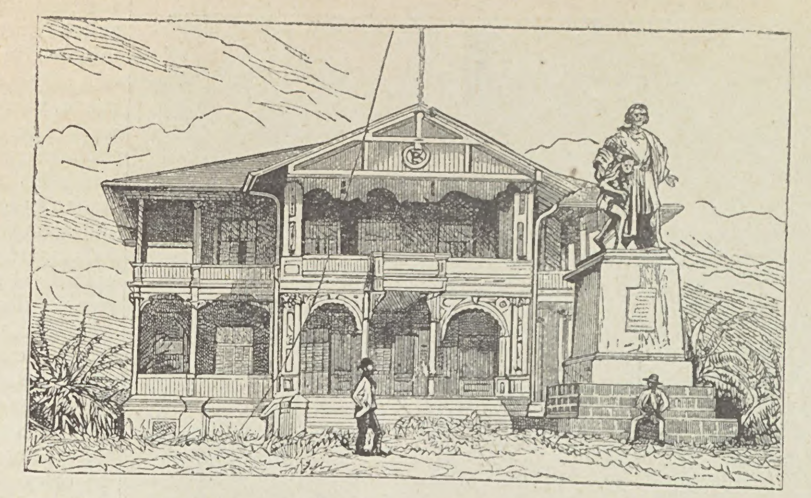
Francia está atravesando actualmente una de estas crisis graves que con cierta frecuencia se han reproducido allí de algunos años á esta parte. Un día, la campaña del Tonkín causa la ruina política del ilustre Ferry; á poco, el asunto Wilson obliga al bondadoso Grevy á abandonar la presidencia de la República; ayer el boulangerismo ponía en conmoción á toda la nación francesa, gastaba á un ministro de tanta valía como M. Constans é inutilizaba al general Boulanger, en quien tantas esperanzas pudo un día cifrar su patria, y hoy la cuestión del Panamá amenaza sobrepujar en escándalos á cuantos conflictos la han precedido. El negocio mercantil se ha convertido en asunto político, y á los cargos que sólo ante los tribunales debieran haberse formulado han sucedido las más injuriosas acusaciones y los más groseros insultos, lanzados desde la prensa y en el parlamento contra las más altas y hasta ahora más respetadas personalidades. El mismo M. Lesseps, el eminente sabio que tantos días de gloria ha dado á Francia y tantas fuentes de riqueza ha abierto al mundo entero, hállase en peligro de verse arrollado por esa ola de pasiones desencadenadas que nada respeta y

que más bien se complace en llegar hasta los más eminentes y los más inmaculados.

Sí, inmaculados, porque, fijándonos únicamente en M. Lesseps, nadie podrá poner en duda la honradez del que habiendo hecho la fortuna de tantos no ha logrado en sus ochenta y siete años sustraerse á la ley que obliga al hombre á ganarse el pan con el sudor de su rostro, ni crearse en tanto tiempo de labor continua sino una posición poco más que modesta.

Pero dejando á un lado este orden de consideraciones, digamos algo acerca de la empresa del canal de Panamá, causa de la agitación que actualmente reina en la nación vecina.

De muy antiguo data la idea de poner en comunicación el Atlántico y el Pacífico por medio de un paso marítimo al través del istmo de Panamá, y muchos han sido los proyectos que se presentaron para llevarla á cabo; pero el pensamiento no llegó á tener carácter práctico hasta que formada la *Sociedad internacional del canal interoceánico* organizáronse dos expediciones científicas, una de las cuales, mandada por el teniente de navío francés R. Reclus, hizo tanta luz sobre el asunto, que en 1879 el congreso internacional convocado en París por la Sociedad geográfica aprobó casi unánimemente el proyecto.



Colón. – Residencia de M. Fernando Lesseps y estatua de Cristóbal Colón

No pocos ingenieros, especialmente ingleses, declararon aquella empresa de imposible realización; pero como lo mismo se había dicho del canal de Suez, que tan pingües beneficios reportaba ya por aquel entonces á sus accionistas, los franceses aportaron sus capitales á la Compañía, y en 1.º de enero de 1880 pudo la hija de M. de Lesseps inaugurar los trabajos de perforación del istmo.

El canal, cuyo costo se calculó en 600 millones de francos, había de tener una profundidad de nueve metros en toda su extensión y una anchura variable entre 22 y 24 metros en el fondo y 50 y 28 en la superficie del agua, según se tratara respectivamente de la parte llana ó montuosa del istmo: su longitud total era de 73 kilómetros. El grabado segundo de esta página representa el trazado del canal tal como debía ser después de terminado.

Comenzaron los trabajos desde luego con una actividad superior á toda ponderación. Verdaderos ejércitos de obreros atacaron la cordillera excavando junto á la zanja del canal, auxiliados por otros ejércitos de máquinas colosales, excavadores, dragas, locomotoras, vagones, con miles de pares de ruedas y centenares de kilómetros de rieles. Del aspecto que ofrecía el istmo en aquella época da perfecta idea el segundo grabado de los que publicamos en la página 788: en él se ven la multitud de talleres, almacenes, excavadores y dragas formando, por decirlo así, una línea sin solución de continuidad á lo largo del trazado del canal.

De estas poderosas máquinas sólo citaremos el excavador Osgood y la draga colosal que reproducen los grabados 1.º y 3.º de la página 788. El primero arranca las tierras por medio de un cucharón de palastró, de metro y medio cúbico de capacidad, suspendido de una flecha fija inclinada, á lo largo de la cual se deslizan cadenas movidas por vapor que hacen mover el cucharón de arriba abajo y horizontalmente; con este excavador pueden arrancarse mil metros cúbicos por día de diez horas. La segunda tiene 16 godets, de un metro cúbico de capacidad, que se vacían en un minuto en la galería, lo cual representa 1.000 metros cúbicos de trabajo útil por hora.

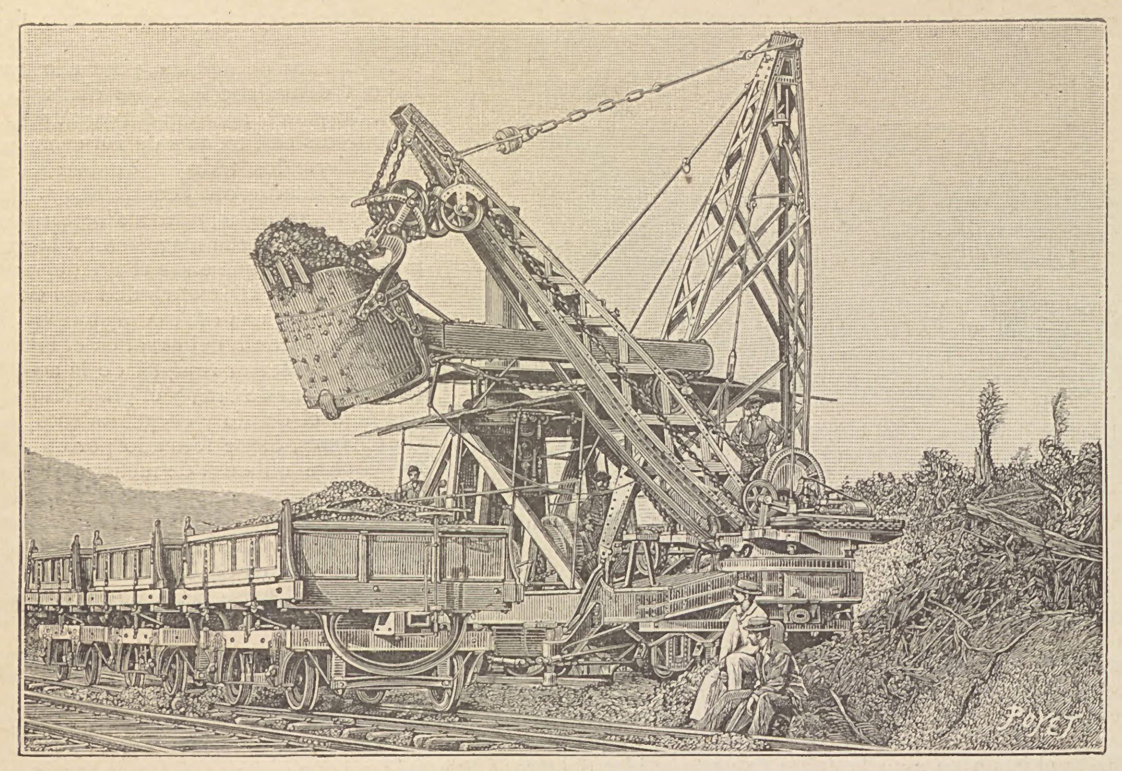
No hemos de detallar, pues ello nos llevaría demasiado lejos, las obras proyectadas para la apertura del canal, obras gigantescas casi todas y de las cuales al suspenderse los trabajos estaban unas muy adelantadas, otras concluídas y algunas sólo empezadas; nuestros lectores podrán comprender la magnitud de la empresa, sabiendo que entre ellas figuran un muelle de 850 kilómetros de largo en el puerto Colón, una esclusa gigantesca en la desembocadura del canal en el Pacífico para preservar á aquél de la acción de las mareas de éste, y el grandioso dique para el desvío y encauzamiento del río Chagres, dique formado por un muro de siete millones de metros cúbicos, que habría de ser una especie de cubeta destinada á contener las inundaciones de aquel río y á encerrar hasta mil millones de metros cúbicos, si fuese preciso, y cuyo nivel podría elevarse hasta 60 metros sobre el de las aguas del canal.

Con suerte varia prosiguieron los trabajos hasta que, agotados los cuantiosos recursos que al negocio se aportaron, hubo la Compañía de presentarse en liquidación ante el tribunal del Sena, enviándose entonces una comisión de ingenieros franceses y extranjeros á Panamá para que emitiese dictamen acerca del estado de las obras construídas ó en construcción y de las que faltaba realizar para terminar la empresa. El dictamen de esta comisión no parece destruir del todo las esperanzas de los que en el negocio tienen puestos sus capitales, y de él se desprende que mediante un nuevo sacrificio es posible acabar la construcción del canal, con lo que se salvarían en parte los intereses de los actuales accionistas y obligacionistas, hoy seriamente comprometidos.

El capital hasta ahora invertido en las obras del canal asciende á la suma de 1.369.711.186 francos, divididos en 600.000 acciones, en obligaciones de 5, 4 y 3 por 100, de 1.ª, 2.ª y 3.ª serie, y de lotes y en bonos de lotes: según cotización oficial de la Bolsa de París, de 19 de noviembre próximo pasado, el valor en plaza de todo este capital era únicamente de 169.516.903 francos. Para comprender hasta qué

OCÉANO PACÍFICO
PANAMA
Gatun
COLON (Aspinwall)
Chagres
OCÉANO ATLÁNTICO

TRAZADO DEL CANAL DE PANAMÁ



Trabajos de perforación del istmo de Panamá. – El excavador Osgood en la zanja grande La Culebra

punto han sufrido depreciación estos valores, bastará decir que las acciones emitidas á 500 francos se cotizaban en la citada fecha á poco más de 21 y medio.

En cuanto á la distribución de este capital, la memoria redactada por el liquidador M. Monchicourt consigna los siguientes datos: trabajos preparatorios y gastos generales en el istmo, 175 millones; gastos de concesión y generales en París, 64; gastos de emisión, publicidad é impuestos, 88; construcción y grandes materiales, inclusos los transportes, 166; trabajos pagados á los contratistas, 443; compra del ferrocarril de Panamá, 93; reembolso á los accionistas por intereses y entregas á la Sociedad civil para asegurar el pago de los lotes de los obligacionistas, 271.

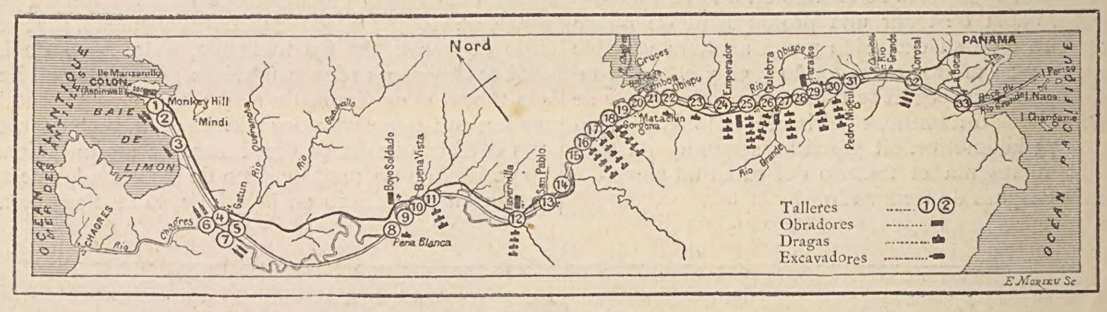
Sobre la procedencia y justificación de algunos de estos gastos, en los que muchos quieren ver delitos de malversación y estafa, versan las discusiones parlamentarias y periodísticas que con tanta pasión y aun ensañamiento se sostienen en la actualidad en Francia, con la particularidad de que mientras la gente política, haciendo de todo ello arma de partido, se revuelve airada contra los directores de la empresa para herir de rechazo al gobierno, y les insulta y escarnece para que el lodo contra ellos lanzado manche á la vez á los que militan en distinto bando que esos improvisados fiscales, la noble compañera del ilustre Lesseps está recibiendo de continuo millares de cartas de verdaderos accionistas y obligacionistas de la desgraciada empresa reiterando la mayor confianza en la honradez de su esposo, el antiguo presidente de la Compañía, hoy tan ruda é injustamente atacado.

«Lo que yo quisiera proclamar en alta voz, dice madame Lesseps en una sentida carta recientemente enviada al director de *Le Gaulois*, es el desprecio de todos los corazones honrados, la opinión de Europa entera, la de los verdaderos accionistas y obligacionistas de Panamá, los cuales, ajenos á toda idea de venganza, han comprendido que un mal éxito, sensible ciertamente, no podía ser causa de groseros insultos contra un genio bienhechor que dió á su país millares de millones á cambio de una gloria efímera, que sólo persigue un fin, trabajar y combatir sin descanso, y cuya honra é inmortalidad por nadie podrán ser destruídas.»

Es cierto: el honor de Lesseps está por encima de todas las acusaciones que contra la empresa se formulan, y en cuanto á la inmortalidad tiénela asegurada con sobrados méritos el ilustre anciano á quien su amantísima familia oculta cuanto ocurre á fin de evitarle el mayor de los sinsabores que pueden amargar los últimos días de un hombre honrado y de un gran patriota: el verse objeto de la ingratitud de aquellos por cuya gloria y prosperidad se ha desvelado.

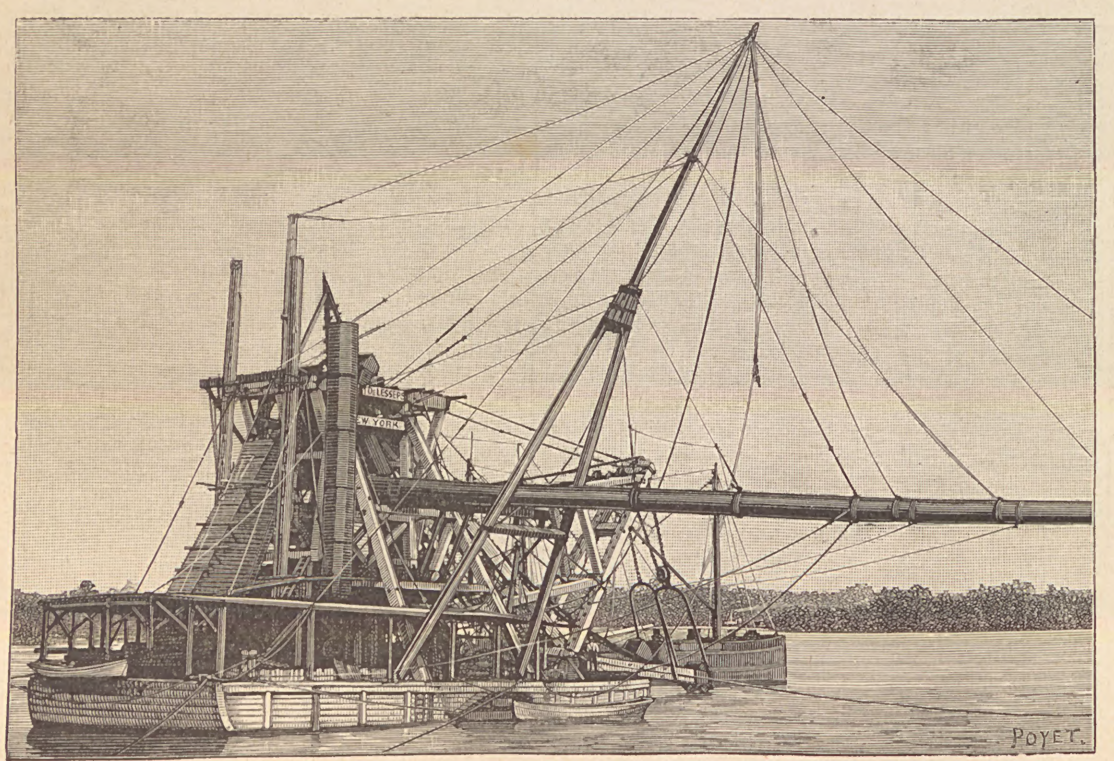
De los datos antes expuestos resulta que el capital de la empresa del Panamá ha sufrido una pérdida de 1.200.194.283 francos; pérdida que se aminorará notablemente (si es que no se convierte en beneficio) en el caso de que pueda llevarse á cabo, por medio de la combinación ya proyectada, la completa perforación del istmo: en cambio los capitales impuestos en la del canal de Suez han ganado 1.154.667.265 francos, pues siendo el precio de emisión de los valores de 480.798.480, hoy se cotizan á 1.635.465.745. De suerte que M. Lesseps puede considerarse en paz con la entidad que podemos llamar capital invertido en especulaciones, pues lo que por un lado le ha perdido por otro se lo ha ganado.

Por lo que hace á su cuenta con su patria y con la humanidad, el *haber* de M. Lesseps es de tal cuantía, que por mucho que en el *debe* quieran poner aquéllas, siempre quedará á su favor un saldo enorme que sólo la posteridad podrá pagar honrando como se merece la memoria del que, pese á quien pese, ha sido, es y será para sus compatriotas el *gran francés* y para el mundo civilizado una gloria tan grande como legítima. – X.



Trabajos de perforación del istmo de Panamá. – Trazado del canal y de los trabajos en ejecución

1 y 2. Trabajos de draga en Puerto Colón. – 3, 4 y 5. Los mismos entre Colón y Gatún. – 6 y 7. Desviación del río Trinidad en Gatún. – 8. Talleres de Peña Blanca. – 9 y 10. Cerros de Bohío-Soldado. – 11. Buenavista. – 12. Tabernilla. – 13 y 14. San Pablo. – 15, 16 y 17. La Gorgona. – 18 y 19. Matachín. – 20. Cerro de Gamboa, el gran dique. – 21. La Corosita. – 22. Altura del Obispo. – 23. El Obispo. – 24. Emperador. – 25. El Lirio. – 26, 27 y 28. La Culebra. – 29 y 30. Paraíso. – 31. Pedro Miguel. – 32. Corosal. – 33. Boca Grande.



Trabajos de perforación del istmo de Panamá. – La draga grande en Gatún

EL ASUNTO

Hay quienes afirman que el *asunto* es lo principal en la obra artística, y conozco autores dramáticos para los cuales toda la dificultad (ó la mayor dificultad) para escribir una comedia es la de encontrar asunto; no lo entiendo.

Asunto, si hemos de dar crédito á la Academia española, es: *Materia de que se trata*, ó bien *Tema ó argumento de una obra*, y también *Aquello que se representa en el cuadro ó en la escultura;* y si esto es así, si no es el *asunto* alguna otra cosa, que la Academia no define en su Diccionario, y que no se me alcanza lo que pueda ser, declaro sinceramente que ni veo la dificultad de hallar asunto, ni penetro la importancia que tenga el haberlo hallado.

Es posible que al hablar de esas dificultades quieran dar á entender algunos que no es cosa fácil encontrar *asuntos nuevos*, y en eso ya puede que estemos todos conformes. Opino también que idear un asunto nuevo para la creación artística es no solamente dificultoso, sino casi imposible; y no me costaría mucho quitar el casi.

¡Asunto nuevo! ¿Pero hay por ventura asuntos nuevos? ¿Crea el artista algo que no haya tenido existencia? Y no quiero fijarme ahora en que la idea de novedad es, como todas las ideas, puramente relativa; todo es nuevo para quien no lo conoce.

Pero creo que esa condición de la novedad es de muy escasa importancia para la obra del artista; si hubiese asuntos nuevos podría darse el caso de que un pintor con asunto completamente nuevo hiciese un cuadro completamente malo, y de que otro pintor con asunto viejo hiciese un cuadro admirable.

Quien tiene un asunto... no tiene absolutamente nada más que el pedazo de mármol en el cual, según la frase célebre, hay siempre una estatua. Del



UN BIBLIÓFILO, cuadro de Eduardo Grutzner

pedazo de mármol hay que sacar la estatua; del asunto es preciso sacar la obra. Es cierto que de la manera misma que sin piedra no habría escultura, sin asunto no habría comedia; pero es cierto también que los asuntos abundan tanto como las piedras, ó más que las piedras, y las comedias buenas escasean tanto como las buenas estatuas, ó más que éstas.

La obstinación en perseguir lo nuevo es verdadera puerilidad; ninguna de las obras maestras de Shakespeare eran de asunto nuevo cuando su autor las dió al teatro; las dos mejores comedias de Calderón, *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea*, carecen, como todos sabemos, de originalidad; de Moliere nadie podrá decir más de lo que él mismo decía de sí propio: *Tomo lo que me conviene donde lo hallo* (no lo decía así precisamente, pero eso quería dar á entender); y ¿ha perjudicado á la fama de Shakespeare, ni á la de Calderón, ni á la de Moliere esa falta de novedad? No.

Algún crítico (ahora no recuerdo quién) ha dicho que «en literatura es lícito el robo si va acompañado de asesinato,» dando á entender que puede perdonarse, que debe perdonarse, al autor que roba á otro su pensamiento, si al robárselo le da más bella forma, crea una obra más perfecta. El apotegma es ingenioso, pero me parece inexacto; en mi concepto lo que sucede es que los pensamientos no han sido ni serán nunca propiedad de nadie, porque no pueden serlo.

A mí, permítaseme servir de *verbi gratia*, á mí se me antoja llevar al teatro, ó plantear en la novela, ¿qué diré yo?, el socorrido problema del adulterio... ¿Y qué? ¿Porque he tenido ese antojo, porque he acometido esa empresa, que de seguro habré realizado muy mal, resulta acotado por mí y vedado para todos ese tema? ¡Qué desatino! ¿Por qué razón? ¿En virtud de qué ley? ¿Con arreglo á qué derecho?

¿El pensamiento es mío? ¡Qué ha de ser mío si yo no he inventado el adulterio, ni he discurrido siquiera la infinita variedad de castigos que los hombres, en la marcha de las civilizaciones, le han impuesto! Con el mismo derecho el primer artista á quien le ocurrió trasladar al lienzo un paisaje, una marina, una puesta de sol, un efecto de luna, pudo considerar propiedad exclusivamente suya y para su monopolio cada uno de esos asuntos.

Muy ridiculizada ha sido por los hombres de orden aquella repetidísima máxima de Proudhon: *La propriété c'est le vol;* y no obstante, nada más discutible ni más disculpable que ese decantado derecho de propiedad, acerca del cual se ha legislado en todos tiempos y en todos los países, y siempre para ponerlo en tela de juicio y mermarlo y modificarlo y hasta desconocerlo. No he de entrar ahora en disquisiciones de esa índole, que serían acaso inoportunas en este sitio; pero séame lícito protestar contra ese prurito de constituir propiedades, no ya solamente con la tierra, sino hasta con los pensamientos. No, mil veces no; los pensamientos, las ideas, no son propiedad de nadie: difundidos andan, como la luz del sol, que brilla para todos y á todos pertenece; el primero que copió un árbol nada creó; el que dió forma á un pensamiento que la contemplación de la naturaleza le había sugerido nada nuevo hizo; el que tiene asunto para un trabajo artístico puede hacerse la cuenta de que no tiene absolutamente nada, y perdonen ustedes la insistencia.

¿Cómo se verifica la concepción del pensamiento en las obras de arte? ¿Cómo se realiza su concepción? Por procedimientos tan misteriosos cuanto inescrutables, como son inescrutables y desconocidos todos los fenómenos de la generación.

La fantasía humana, la imaginación del artista no conciben cuando quieren concebir; la concepción es, en absoluto y por completo, independiente de la voluntad. El asunto de la producción artística surge por generación espontánea. La idea fué adquirida. ¿Cómo? Nadie lo sabe. ¿Cuándo? Pocos lo recuerdan: en la cátedra, oyendo las explicaciones del profesor; en el comercio social, concurriendo á tertulias y á reuniones de café ó de casino; en el seno de la familia, departiendo cariñosamente con la esposa amante ó con la hija querida, al calor del hogar; en la biblioteca, estudiando obras científicas; en el paseo, oyendo, tal vez por casualidad, una frase suelta pronunciada por el transeunte que pasaba á nuestro lado: nada, dos miradas que se cruzan; una sonrisa que corresponde á otra sonrisa; una broma ingeniosa; una contestación oportuna; cualquier cosa, lo más insignificante puesto en contacto con la imaginación, en condiciones determinadas, puede ser el germen de un drama ó de una novela.

Germen que, en virtud de desenvolvimientos sucesivos, en los cuales irá necesariamente impresa, á modo de marca de fábrica, la personalidad del autor, se convertirá en obra de arte. ¿Qué habrá en ella del autor? ¿El pensamiento? ¿El asunto? ¿El tema? No; eso era de todos; eso pertenecía al primero que lo tomase y sigue á disposición del que pretenda utilizarlo de nuevo, una, dos, cien veces, porque los asuntos no envejecen nunca, si son asuntos humanos. Del autor hay *la hechura*.

Sin salir de nuestro teatro y de nuestra época: Echegaray, Sellés, Galdós han tomado por asunto para sendos dramas el adulterio: Echegaray escribió *Como empieza y como acaba;* Sellés, *El nudo gordiano;* Galdós, *Realidad*.

Absolutamente en nada se parece una de esas obras á ninguna de las otras dos; sin embargo, el asunto es el mismo: «La mujer casada que falta á sus deberes de esposa.» Cada uno de esos artistas ha dado al asunto desarrollo distinto; cada uno ha visto el pensamiento de diferente manera; ha puesto algo de su personalidad, algo de su alma, algo de su corazón, y han resultado, como no podía menos de suceder, tres obras (cuyo mérito no he de juzgar ahora; el público y la crítica han sentenciado ya) enteramente originales y perfectamente distintas.

Y el asunto no ha dejado de pertenecer á todo el mundo; ahí está el problema á disposición del que quiera plantearlo nuevamente en escena y darle solución ó no darle ninguna; porque en el teatro no es de precisión que los problemas planteados sean también resueltos. Mientras las sociedades humanas se hallen constituídas como hoy lo están; mientras exista ó pueda existir el adulterio; mientras subsista la actual organización de la familia, este asunto será constantemente asunto de interés y propio para ser llevado á la escena, en la seguridad de que ha de producir efecto, si el que acomete esa empresa es poeta de verdad y siente como artista y como artista sabe transmitir al público sus propios sentimientos.

Repito, para concluir, que el asunto de una producción artística no constituye propiedad; que cualquier tema, aun los más *manoseados* (que naturalmente son los más conmovedores y los más humanos), pertenece al que desee utilizarlo para sus creaciones; que teniendo asunto para una comedia ó para un drama no se tiene nada, como no tiene nada aquel á quien le dan *tema* para escribir una memoria ó un discurso, porque lo que hay de sobra son temas, lo mismo que hay más que de sobra asuntos, y lo que escasean son comedias buenas y dramas soberbios, y que eso de preconizar las dificultades que ofrece el hallar asuntos para las obras de arte es cosa que propalan algunos perezosos con el propósito de disimular su haraganería y para hacer que los profanos crean que el tropezar con un asunto es algún arco de iglesia...

Y aún me ocurren otra porción de cosas sobre el mismo tema; las dejo, no obstante, para no agotar la paciencia de mis lectores, que seguramente se agotaría antes que se agotase el *asunto*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

SECCIÓN AMERICANA

LOS PIGMEOS

POR N. HAWTHORNE

(Continuación)

Pero sea esto lo que quiera, es lo cierto, porque en ello convienen todos los historiadores, que ya fuesen montados en cabras ó ya en liebres, las legiones pigmeas ofrecían el aspecto más bélico y bizarro cuando se aprestaban al combate, por la militar apostura de los soldados, el brillo imponente de sus armas, el lujo y uniformidad de los trajes, el sonido de sus clarines y el entusiasmo de sus gritos de guerra; que, á fuer de bravos, estimulaban siempre su valor dando grandes voces y recordando en las arengas que el mundo los contemplaba con admiración y respeto. Diré de paso que las heroicidades de los pigmeos ni tenían ni tuvieron nunca otros testigos que su hermano Anteo, el cual asistía silencioso á las batallas, viéndolas reñir con la estúpida mirada de su ojo único abierto en medio de la frente.

Cuando los dos ejércitos se avistaban, las grullas eran las primeras en acometer, cayendo sobre los pigmeos, derribándolos á diestro y siniestro cubiertos de heridas, y haciéndoles no pocos prisioneros que se llevaban en el pico. Entonces era de ver el espectáculo verdaderamente desolador de aquellos esforzados veteranos, encanecidos en la guerra y que las grullas arrebataban por los aires, agitándose con horribles convulsiones, y desapareciendo al fin, vivos todavía, en las fauces de sus voraces enemigos. Es axiomático que los héroes deben hallarse aparejados y dispuestos en toda ocasión para morir con gloria, y tengo para mí que esta idea y la esperanza de que la fama ilustraría sus nombres transmitiéndolos á la posteridad más remota, rodeados de inmortal aureola, les serviría de mucho consuelo en el último trance; que, como ha dicho un poeta,

> A los que mueren dándonos ejemplo,
> No es sepulcro el sepulcro, sino templo...

aun cuando sea este sepulcro, pudo añadir, el buche de una grulla.

Anteo solía permanecer neutral durante los combates y mientras no veía que la suerte de las armas se mostraba favorable á los enemigos de los pigmeos, porque entonces, no sin reirse de unos y otros, se dirigía al lugar de la pelea, y de un manotazo decidía el suceso en pro de sus hermanos. Las grullas que libraban con vida, huían, y los valientes pigmeos volvían en triunfo á su capital, cargados de botín, atribuyéndose la victoria, poniendo por las nubes su esfuerzo, su táctica, la eficacia de sus máquinas de guerra y la pericia de sus generales. Y á fuerza de hacer los vivos mucho ruido con tambores, cornetas y vítores, de pasar grandes revistas, de regalarse con espléndidos banquetes, de poner colgaduras y luminarias y de reproducir en cera las facciones de los caudillos más principales, olvidaba la patria el duelo de los muertos.

Conviene advertir que si en un suceso de esta importancia lograba un pigmeo arrancar una pluma de la cola de cualquier grulla, la ponía orgullosamente en la parte más alta de su casco, y que varias veces elevó la opinión pública á la magistratura suprema de la nación á ciudadanos que no tenían otro mérito sino el de haber cogido en las batallas plumas de grulla.

Con lo dicho basta para que comprenda el lector la bizarría de aquel pueblo y la fraternal amistad que reinó siempre entre los pigmeos y el coloso. Sentado esto, prosigo la narración de mi verdadera historia.

V

Es el caso, pues, que una mañana dormía nuestro héroe á pierna suelta en medio de sus amigos. Descansaba la cabeza en parte del reino y los pies en un estado vecino. Y mientras se entregaba á las dulzuras del sueño, auxiliados los pigmeos de grandes escalas, comenzaron á subir á las alturas de su cuerpo, como soldados al asalto de una muralla, con objeto de reconocer el abismo aterrador de su boca entreabierta, semejante al cráter de un volcán. Uno de los viajeros entonces, ó más atrevido ó más curioso que los demás, continuó su ascensión y llegó á la cumbre de la frente, desde donde se descubría un horizonte dilatado y pintoresco en extremo. Una cosa extraordinaria llamó al punto su atención; se restregó los ojos para ver más claro, y le pareció que de la llanura surgía, como por arte de magia, un cerro. De allí á poco pudo observar que aquella masa se movía con lentitud, que á medida que se acercaba iba tomando gradualmente la forma de un ser humano, y que si bien no parecía un gigante de las proporciones descomunales de Anteo, resultaba siempre colosal, comparado con ellos. Verdad es que la estatura del viajero, no sólo era infinitamente superior á la de los pigmeos, sino que también á la de los hombres de nuestros días.

Apenas adquirió la certidumbre de sus observaciones, bajó corriendo de su atalaya, se fué á la oreja de Anteo, y asomado á la boca de aquella caverna, comenzó á gritar con toda su fuerza:

—¡Anteo, Anteo, levántate en seguida y coge la tranca! ¡Vamos, anda listo, que viene hacia nosotros un gigante!

El eco de la galería repitió las voces del enanillo antes de que el interpelado entreabriese los párpados.

—¡Déjame dormir, criatura!, le dijo. ¿No ves que tengo sueño?

Volvió á subir el pigmeo, miró de nuevo y distinguió claramente al que venía en dirección del perezoso y descuidado amigo. Ya no había lugar á dudas. No era un monte lo que andaba, sino un hombre de proporciones inmensas, pudiendo distinguirse perfectamente todas las prendas de su equipo: casco de oro, y tan limpio y bruñido que más parecía un nuevo sol al reflejar los rayos que recibía; al lado espada corta; á la espalda una piel de león, y al hombro una maza más grande, más pesada y más temible, al decir de los espectadores, que la de Anteo, hecha de un árbol entero.

En un instante pudo contemplar el pueblo la nueva maravilla y un millón de individuos acudió alrededor de Anteo gritándole á coro que se previniese á la defensa. El tumulto de las vocecitas reunidas produjo un ruido verdaderamente perceptible. Ignoro si llegó á oídos del gigante; pero ello es que no se movió.

Mientras, el forastero avanzaba siempre y los pigmeos pudieron ver que si la estatura no era tan gran-



Costumbres criollas. La primera declaración, cuadro de D. Vicente Nicolau Cotanda

de como la de su hermano, era más ancho de espaldas que él. ¡Ya lo creo! Figúrense ustedes si era el mozo ancho de espaldas, que en cierta ocasión sostuvo con ellas el firmamento.

Más activos los pigmeos que el estúpido durmiente é inquietos ya del peligro que le amenazaba, determinaron hacer el último esfuerzo para despertarlo y ponerlo en pie de guerra, y al efecto comenzaron á dar grandes voces y á clavarle sus espadas hasta la empuñadura.

– ¡Levántate bárbaro!, le decían, que viene un gigante forastero con mejores armas y más bravo que tú.

Estas últimas palabras hicieron salir á Anteo de su apatía porque le hirió más en lo vivo la ofensa de sus hermanos que las estocadas que le daban. Se incorporó entonces con muestras de muy mal humor, bostezó, se pasó la mano por la cara y después volvió su estúpida cabeza en la dirección que le indicaban con tanta persistencia los pigmeos.

No bien hubo visto al desconocido se levantó apresuradamente, empuñó el bastón y se dirigió con paso rápido á su encuentro dando zancadas de un cuarto de legua.

– ¿Quién va?, le dijo con voz atronadora que hizo estremecer hasta los cimientos las ciudades pigmeas. ¿Quién eres?, volvió á decir. ¿Qué vienes á hacer á mis dominios?

VI

Ocurría con Anteo un fenómeno respecto del cual no he querido decir nada todavía por temor de acumular en la narración de esta peregrina historia tantas maravillas que la hicieran al cabo inverosímil. Este fenómeno consistía en que cada vez que nuestro temible gigante tocaba el suelo, ya fuera con las manos, ya con los pies, ya con cualquiera otra parte del cuerpo, aumentaba su pujanza de un modo extraordinario; gracia que le hizo su buena madre la Tierra en prenda del inmenso cariño que le tenía por ser el hijo de quien estaba más orgullosa á causa de su robusta constitución, y medio ingenioso de que se valía para mantenerlo siempre en la plenitud de su incontrastable fortaleza. Pretenden algunos que se hacía diez veces más fuerte cada una que tocaba el suelo; sostienen otros que sólo dos; y aun cuando no me siento inclinado á sustentar ninguna de las dos versiones en el hecho de hallarlas concretadas á una cifra, si se acepta la primera conjetura fácil será calcular la cantidad de fuerza que acumularía paseándose por espacio de dos horas y descansando luego en el regazo de su madre, como que ha de ser el total que resulte de su fuerza primitiva multiplicada por diez tantas veces como pasos diera y una más por el rato de descanso; guarismo prodigioso y aterrador que explicaría con la exactitud de un cálculo matemático el poder incontrastable, la casi omnipotencia de aquel hombre. Felizmente para la humanidad, era de índole apática y gustaba más del reposo que del movimiento de la vida activa y trabajadora, porque si hubiese andado tanto de una parte á otra como los pigmeos, poniéndose en contacto tan rápido y frecuente con la tierra como ellos, hacía ya por aquel tiempo muchos siglos que hubiera podido derribar el cielo sobre la cabeza de los mortales. Pero los seres de grandeza excesiva son de carácter inerte y semejantes á las montañas, no sólo en las proporciones, mas también en la tendencia que tienen á la inmovilidad.

VII

Cualquiera otro que no fuese aquel á cuyo encuen-

El primer ferrocarril del Transvaal (Africa del Sur). – Construcción de la línea que pone en comunicación Johannesburgo con la costa



HAMLET. ESCENA DEL TEATRO EN EL 2.º CUADRO DEL TERCER ACTO, cuadro de L. Vallés



SEPARACIÓN, cuadro de O. de Thoren

tro iba nuestro Anteo se habría espantado de su aspecto feroz y de su vocejón terrible; pero el extranjero no pareció preocuparse nada de su traza ni de sus gritos descompasados y no hizo más que levantar en alto con cierta negligencia su maza formidable, sosteniéndola en equilibrio sobre un dedo, sin dejar por eso de seguir su camino mirando con el rabo del ojo á su adversario cual si fuera del tamaño de sus hermanitos, quienes por cierto asistían al espectáculo con muestras evidentes de terror.

Traducción de Juderías Bénder

(Continuará)

MISCELANEA

Bellas Artes. – La admirable colección que en Viena se conoce con el nombre de «Museo Ricardo Wagner» va á ser adquirida, según parece, por un norteamericano que se la llevará á los Estados Unidos. Los wagneristas alemanes están consternados, y la sociedad Wagner constituída con el expreso objeto de organizar las representaciones de Baireuth trata de evitar la venta promoviendo una suscripción, ya que sus estatutos no la facultan para invertir sus fondos en negocios de esta índole. Según se dice, la cantidad necesaria para salvar aquel tesoro artístico es de 112.500 pesetas.

– En el Palacio de Industrias Artísticas de Munich está expuesta actualmente una de las obras más admirables de la orfebrería alemana de la Edad media, la llamada arquilla de Alejandro. Es de plata y fué fabricada por el maestro Happberger de Meiningen en los años 1570 á 1579, y su valor se estima en 200.000 florines (500.000 pesetas). En una de sus caras longitudinales se ve el martirio de Santa Ursula y las once mil vírgenes; en otro la cremación de Santa Felicia y de sus siete hijos, y en las dos caras estrechas están representadas la Santísima Trinidad y la Adoración de los Reyes Magos: en los cuatro ángulos hay los Evangelistas con sus atributos. La infinidad de figuras que componen esa joya y cada una de las cuales tiene su expresión propia, son otros tantos admirables modelos de ejecución, y el conjunto revela el exquisito gusto y la habilidad sin igual de los artífices de aquella época.

– En el departamento de la antracita de la Exposición Universal de Chicago se expondrá un busto del futuro presidente de los Estados Unidos, único en su género indudablemente, puesto que será cincelado en un enorme bloque de carbón de piedra que mide 1'5 metros de lado y pesa 5 toneladas y que ha sido extraído de una de las minas de Plymout, desde donde lo han enviado á Nebraska para que se labre en él esa original obra de arte.

– El profesor berlinés Augusto de Heyden está pintando un friso que ha de adornar un gran salón de la nueva Casa Consistorial de Berlín, y en el cual hay representadas escenas de la vida popular desde la Edad media hasta nuestros días, separadas unas de otras por ligeras columnas rodeadas de ramas de laurel. Para otro salón del propio edificio pinta Muhlenbruch tres grandes cuadros murales que representan la constitución del actual imperio alemán, la proclamación de Berlín como capital del imperio y la entrada de las tropas en dicha ciudad en 1871.

– En el concurso celebrado para adornar el gran salón de la Casa Consistorial de Dusseldorf, el Jurado ha concedido el primer premio al pintor Alberto Baur; en cuanto al segundo y al tercero, por no haber podido llegar á un acuerdo los jurados apelóse á la suerte, que decidió en favor de Klein-Chevalier y Federico Neuhaus respectivamente. Cada uno de estos tres artistas pintará un grandioso lienzo de los tres que han de colocarse en el salón, siendo los asuntos escogidos: un episodio de la guerra de sucesión llamada de Julich-Cleve-Bergschen (Baur), un episodio del brillante período del elector Juan Guillermo (Klein-Chevalier), y un hecho del reinado del emperador Guillermo I (Neuhaus). El profesor Baur tiene que pintar además, para el mismo salón, cuatro cuadros oblongos que representarán el amor á la patria, á la industria, á la ciencia y al arte.

– Se ha encargado al profesor Wanderer, de Nuremberg, la restauración y ornamentación pictórica de la casa en donde falleció Lutero, en Eisleben.

– En uno de los salones artísticos de Berlín se ha inaugurado una Exposición de las obras maestras del célebre pintor Bocklin, algunas de ellas no conocidas, pudiendo admirarse allí entre otros cuadros notables *La fiesta de Baco*, *Las tres Gracias* y *El templo de Heracles*.

– Oportunamente dimos cuenta del concurso celebrado en Turín para el monumento ecuestre que ha de erigirse en aquella ciudad á la memoria del príncipe Amadeo, ex rey de España: de los bocetos entonces presentados la comisión escogió seis para que sus autores los presentasen de nuevo modificados. Estos seis proyectos con las modificaciones exigidas figuran en la Exposición abierta recientemente en Turín y llaman con justicia la atención de cuantos acuden á contemplarlos. El jurado ha elegido el de David Calandra.

– En la Galería Petit, de París, se ha inaugurado una curiosa exposición de dibujos, pinturas y grabados en la que figuran los originales de las ilustraciones que para la «Edición Nacional» de las obras de Víctor Hugo ejecutaron Duez, Delort, Bourgain, Fritel, Moreau de Tours, Metivet, Buland, Dupray, Merwart, Geoffroy, Gualdry y Schommer, las de Leloir para las obras de Moliere, las de Le Blant para la novela *El caballero de Casa Roja*, de Dumas, y las de Leandre para *La familia Cardinal*.

– El célebre dibujante español Urrabieta, más conocido en el mundo artístico con el nombre de Daniel Vierge, ha dado al público nueva muestra de su ingenio en la ilustración de la novela de Quevedo *Don Pablo de Segovia*, que acaba de publicarse en París y cuyos dibujos superan, si cabe, á los de *El gran tacaño*, que tanta fama han valido á nuestro ilustre compatriota.

Teatros. – En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha estrenado con gran éxito un drama en cinco actos, titulado *El comediante*, cuyo autor, que al principio quiso conservar el anónimo, resultó ser el reputado literato Pablo Lindau, á quien tanto reconocimiento debe la literatura española antigua y moderna, algunas de cuyas mejores obras han sido vertidas por él al alemán y por él dadas á conocer á los principales públicos del Imperio.

– Ha obtenido muchos aplausos en Francfort en el Mein una tragedia en un acto, *La muerte de César Borgia*, de Lothar.

– En Weimar se ha representado con éxito lisonjero, aunque no tan entusiasta como el que obtuvo cuando se estrenó en Viena, la ópera de Massenet *Werther*.

– La opereta de Maximiliano Gabriel *El uhlano* ha sido muy aplaudida en Magdeburgo.

– La escuela de artistas wagnerianos de Baireuth de que hablamos en una de nuestras anteriores misceláneas ha comenzado ya á funcionar bajo la dirección del maestro Kniese, encargado de la enseñanza del canto, y de la señorita Mariana Brandt, á quien se ha confiado la enseñanza dramática. Hasta ahora se han inscrito veintidós alumnos y alumnas.

– La censura austriaca ha prohibido la representación de la comedia *Preocupaciones*, de Conrado Alberti, que se puso en escena en el teatro Carlos.

– En el teatro Nuevo de Leipzig se ha representado por vez primera en aquel coliseo la ópera de Ponchielli *Gioconda*, que ha sido bien recibida por el público.

– Con gran éxito se ha estrenado en el teatro de la Residencia, de Dresde, la opereta *La lira de Fanchon*, del maestro francés Luis Varney.

– En el teatro de la Opera, de Berlín, se pondrán en escena un baile, *El pámpano*, y una opereta cómica, *Entre bandidos*, de Rubinstein. En el propio teatro se ha estrenado recientemente una ópera en tres actos, titulada *Genesius*, letra y música del maestro Weingartner. El argumento se basa en la contraposición del paganismo sensual y el concepto ascético del Cristianismo en sus primeros tiempos; la música abunda en grandes bellezas y la instrumentación es magistral.

– La ópera *Parsifal*, de Wagner, se representará en 1893 en Praga y en otros teatros importantes de Austria-Hungría; pues según la legislación austriaca, toda obra literaria ó artística es de dominio público á los diez años de muerto el autor. De modo que el día 13 de febrero de 1893 todas las creaciones del gran maestro alemán podrán ser libremente representadas en el imperio austro-húngaro. Las gestiones llevadas á cabo por la viuda de Wagner para que esa ley se modificara han sido estériles. En vista de esto, la casa real de Baviera y el intendente del teatro de la Corte, de Munich, gestionan cerca de los herederos del gran maestro para que consientan la representación de *Parsifal* en el citado coliseo de la capital de Baviera.

– Después de una campaña brillantísima en Roma, en donde el número de llenos y triunfos se ha contado por el de representaciones, la compañía Novelli-Leigheb se encuentra actualmente en Nápoles, en donde el éxito hasta ahora obtenido reviste, al decir de los críticos italianos, un carácter grandioso é imponente.

París. – En la Opera se ha representado por vez primera en aquel coliseo la ópera en tres actos *Sansón y Dalila*, de Saint Saens, que se estrenó en 1890 en Rouen y se puso á poco en escena en el teatro Lírico, de París. La representación de esta hermosa obra, que es sin disputa la mejor de cuantas su ilustre autor ha escrito, no produjo en la Opera el efecto que el público esperaba, á consecuencia de las deficiencias de ejecución y del poco acierto que así en punto á trajes como á decoraciones ha presidido en la *mise en scene*. En el Vaudeville se ha estrenado un drama en tres actos, primera producción escénica del conocido literato Pablo Hervieu, titulado *Les paroles restent*: tiene un argumento muy interesante, está muy bien escrito y constituye un bellísimo estudio de los efectos de la maledicencia. En el Gimnasio se ha puesto en escena con buen éxito la comedia en dos actos de Pedro Wolff *Leurs filles*, que el año pasado se estrenó en el teatro Libre. En la Comedia Francesa ha alcanzado un éxito no más que mediano una comedia en tres actos de Luis Legendre, titulada *Jean Dalot*.

En el teatro de la Gran Opera se estrenará en abril del año próximo la ópera de Wagner *La Walkiria*, segunda parte de la tetralogia de Wagner *El anillo del Nibelungo*.

Londres. – En Covent-Garden se ha cantado el *Otelo*, de Verdi, en cuya representación han obtenido grandes aplausos la tiple Melba, el tenor Giannini y el barítono Dufriche. La empresa de este teatro recibió aviso de la reina Victoria para que preparase una representación especial de *Carmen*, que ha debido verificarse el día 3 del presente mes en el palacio de Windsor, residencia de la soberana. En el Globo se ha puesto en escena con gran éxito la opereta del compositor francés Lacome *Ma mie Rosette*, que se estrenó en París en 1890: siguiendo la costumbre de los ingleses, algunas piezas de la partitura de Lacome han sido reemplazadas por otras de Mr. Carlyle, director de la orquesta del coliseo londinense. La obra ha sido presentada con mucho lujo. En Haymarket se prepara con gran actividad el estreno de una obra de Mr. Stuart Ogilvie, titulada *Hypatia*, para la cual ha dibujado las decoraciones, trajes y accesorios el ilustre pintor Alma Tadema.

Madrid. – En el Real se ha cantado la hermosa partitura de Meyerbeer *Gli Ugonotti*, habiendo obtenido en ella gran ovación el tenor Sr. Marconi y muchos aplausos las Sras. Litvinne y Brambilla: los coros y la orquesta, dirigida por Mancinelli, admirables. En el Español se ha estrenado el drama trágico en tres actos, de D. Florencio Moreno Godino, titulado *Nerón*, escrito en armoniosos versos, abundante en hermosos pensamientos y con un primer acto que por sí solo constituye un drama bellísimo: en el desempeño del papel de protagonista obtuvo muchos aplausos el Sr. Vico, y el autor, asiduo y distinguido colaborador de La Ilustración Artística, alcanzó ruidosas ovaciones, por las que de todo corazón le felicitamos. En la Comedia se preparan una obra de D. José Echegaray con el título de *Mariana*, otra del Sr. Pérez Galdós y otra de D. Enrique Gaspar. En el Circo de Parish se ha reproducido con buen éxito la opereta de Varney *Artagnán*. En Apolo, donde *El cofre misterioso* ha tenido un fracaso, se estrenará en breve un sainete, letra de D. Constantino Gil y música del señor Valverde, hijo, titulado *Las bodas de Serafín, alias el Zapaterín*. Con destino al teatro de la Zarzuela han terminado los Sres. Arniches, Lucio y Cantó el libro de la zarzuela *Los mostenses*, cuya música escribe el maestro Chapí.

Barcelona. – En el Liceo se ha puesto en escena la ópera de Gluck *Orfeo*, cuyo éxito fué sumamente lisonjero. En el Principal siguen las representaciones de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. En Novedades se ha estrenado una graciosa humorada en dos actos de C. Gumá, *La llanterna mágica*, que ha sido muy bien acogida por el público. En el Tívoli la reproducción de la revista *Las reformas*, de los Sres. Pous y Gassó, refundida y con un cuadro nuevo, ha sido recibida con aplauso. En el Eldorado continúan con gran éxito las representaciones de *La czarina*, letra de Estremera y música de Chapí, y se preparan los estrenos de las zarzuelas *Retolondrón*, de los Sres. Pina y Domínguez y Valverde, padre, y *Guerra europea*.

Necrología. — Han fallecido recientemente:

El cardenal Lavigerie, de quien hablamos más extensamente en otro lugar de este número.

Gotthold Bruckner, famoso pintor escenógrafo alemán, el menor de los dos hermanos que á la muerte de su padre continuaron al frente de la conocida casa de su nombre existente en Coburgo, y entre cuyas producciones figuran todas las magníficas decoraciones del teatro de Baireuth.

El doctor Juan Jacobo Merian, profesor de filología clásica en la universidad de Basilea.

Tomás Adolfo Trollope, historiador y novelista inglés.

El doctor Carlos Petersen, burgomaestre de Hamburgo, en donde se distinguió especialmente durante la última epidemia colérica: era esta la duodécima vez que desempeñaba tal cargo. Fué además senador muy influyente y muy querido por sus conciudadanos.

El general inglés Enrique Dyott Abbott, que prestó á su patria grandes servicios en la India.

D. Manuel de Bofarull, decano de los historiadores catalanes, el individuo más antiguo del cuerpo de archiveros-bibliotecarios y jefe del archivo de la corona de Aragón.

NUESTROS GRABADOS

Ante la tumba de Cátulo, cuadro de Hermán Kaulbach. – Representa este cuadro la visita que á la tumba de Cátulo hace una joven romana, más enamorada sin duda del hombre que del poeta que tanta fama conquistó entre los latinos. Los romanos durante los últimos tiempos de la república quemaban los cadáveres, y las cenizas de éstos, cuidadosamente recogidas y rociadas con vino, leche y ricos perfumes, eran encerradas en una urna de mármol ó de metal que se depositaba en el llamado *Columbarium* y sobre la cual se ponía algunas veces el busto del difunto. Tal es el asunto y el lugar de la escena tan admirablemente pintada por Kaulbach.

Un bibliófilo, cuadro de Eduardo Grutzner. – Aquellos de nuestros lectores que hayan visto de cerca á uno de esos apasionados por los libros y podido apreciar la satisfacción que experimenta descifrando un códice raro ú hojeando un incunable de excepcional mérito, comprenderán el acierto con que el autor de *Un bibliófilo* ha sorprendido la actitud y la expresión de los tales sujetos, reproduciéndolas magistralmente en la figura de su lienzo. Todo en éste es hermoso: el fraile que tiene puestos sus cinco sentidos en el infolio, en cuya lectura se entretiene, es de una verdad maravillosa; el sillón de cuero en que se sienta, la mesa artísticamente labrada en que apoya el libro, el tapiz que adorna un trozo de pared, los volúmenes por doquiera esparcidos, los efectos de luz y otros detalles que sería prolijo enumerar, todo revela el genio de un artista de gran talla que domina la técnica y conoce sus más recónditos secretos, y de quien publicamos en el núm. 468 de La Ilustración Artística un cuadro del mismo género y no menos bello que el que hoy reproducimos.

La primera declaración, cuadro de D. Vicente Nicolau Cotanda. – El pintor español Sr. Cotanda ha conseguido labrarse en poco tiempo una sólida reputación en Buenos Aires. El cuadro que de él reproducimos ha sido adquirido por un acaudalado comerciante de aquella capital. En este lienzo todo es eminentemente criollo: el gaucho á caballo con su *chiripá* (pantalón), su sombrero de anchas alas, su *tirador* (cinturón), es un tipo bien estudiado, como es real la criollita con su vestido claro y jugando con su flor predilecta, el clavel. La empalizada, el rancho ó cabaña del fondo, el viejo tomando mate, todo es verdad. La prensa argentina ha tenido frases de gran elogio para el pintor Sr. Cotanda, bien conocido en España y sobre todo en Valencia.

El primer ferrocarril del Transvaal. – Johannesburgo ha sido al fin puesto en comunicación con la costa por una vía férrea, la primera que se ha construído en el Transvaal, que ha llevado la vida y la animación á aquellos antes solitarios territorios del Sur de Africa. La mayor parte de los trabajadores son indígenas, con la particularidad de que al entrar al servicio de la Compañía constructora cambian su nombre por otro tomado de poblaciones de Holanda ó de personajes de la Biblia. Es innegable el adelanto que representa esta importante reforma, y sus efectos se harán sentir en beneficio del comercio y de la industría. El grabado que reproducimos representa los trabajos para asentar la vía que une á Johannesburgo con la costa.

Hámlet, cuadro de D. Lorenzo Vallés. – Las obras del inmortal dramaturgo inglés han sido siempre fuente de inspiración para los artistas que han encontrado en ellas ese vigor, ese nervio, esa sublimidad de afectos y pasiones que tan bien sirven de elemento psíquico á la obra artística. El pintor español Sr. Vallés, laureado en varias exposiciones y autor de *La demencia de doña Juana de Castilla*, ese famoso lienzo que el Gobierno adquirió para nuestro Museo Nacional, dió pruebas de gran talento al escoger el tema del cuadro que reproducimos y en cuya ejecución se revelan las excepcionales dotes que adornan á nuestro ilustre compatriota. Hay en *Hámlet*, además de la belleza total como composición grandiosamente concebida, tal verdad psicológica en la manera de estar tratados los personajes, que nadie dejará de explicarse el sentimiento que en cada uno de ellos produce la representación á que asisten: la curiosidad de los cortesanos, el interés de la inocente Ofelia, la sorpresa del viejo Polonio y del paje conocedores del terrible secreto, el miedo de la reina adúltera y parricida y del fratricida Claudio, y el ansia con que el príncipe fingido loco quiere leer en los semblantes de su madre y de su tío el efecto que en ellos causa la reproducción de su crimen aparecen tan claros en el cuadro del Sr. Vallés, que aun ignorando el argumento podríamos sin dificultad alguna adivinarlo.

Separación, cuadro de O. de Thoren. — El asunto de este cuadro es eminentemente simpático, y constituye un hermoso idilio con una nota de sentimiento, la separación de la vaca y del tierno becerrillo, tan admirablemente tratada, que á pesar de ser un irracional la protagonista del cuadro, el dolor que revela produce no poca emoción en quien contempla el lienzo. O. de Thoren, aunque alemán de origen, reside desde hace mucho tiempo en París, y bien se conoce en la *factura* de su obra la influencia que en él han ejercido los mejores bucólicos franceses modernos.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. — ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

– Toma también el mío, dijo Laura echándoselo.
– ¿Y tú?
– Yo tengo calor; ¿no ves cómo sudo?
– Pues por eso debes abrigarte.
– No, no quiero mantos; estoy bien así.

Pero el sudor se le helaba en las espaldas y la humedad le penetraba en los huesos.

Elvira y el barón estaban aguardándoles ansiosos en la orilla; sabían que sus hijas estaban en el lago



Laura saltó á la lancha con Sofía y Alberto

Y remaba con más fuerza.

– Ya llueve, dijo Alberto; volvamos á casa.

– ¡Qué miedoso!, exclamó Laura. Te asustan dos gotas de agua.

– Amenaza temporal, repitió el barquero.

En efecto, el viento soplaba con ímpetu y el lago estaba borrascoso, levantando grandes olas; las dos orillas parecían desaparecer entre la niebla; Sofía y Alberto sentían calofríos.

– Volvamos pronto, dijeron.

Pero Laura se sonreía y contestaba:

– ¿No veis? Estamos en alta mar.

Al fin, compadeciéndose de sus dos compañeros de viaje, se puso á remar con toda su fuerza hacia la orilla.

– ¡Cómo te ha mojado la lluvia! Tápate, le decía Sofía.

– Yo soy fuerte. Eso no me molesta.

y con aquel tiempo tan borrascoso temían una desgracia.

Cuando les vieron saltar á tierra sanos y salvos respiraron, y acercándose sonrientes á ellos les preguntaron:

– ¿Os habéis asustado?

– No nos asustamos por tan poca cosa, contestaron. Hemos pasado un ligero temporal; pero el barco y la tripulación han llegado á salvamento.

Estaban de buen humor; Laura, en especial, hacía mucho tiempo que no había estado tan alegre; el ejercicio de los remos le hizo salir los colores al rostro, tanto que Elvira abrigó la esperanza de que se hubiera ya resignado con su suerte.

Por la noche la joven sintió calofríos en todo el cuerpo y tuvo que meterse en cama con calentura.

– Todo por ese empeño de pasear por el lago con ese tiempo, le dijo su madre.

Pero no hizo gran caso del mal de la hija, creyendo que sería un simple enfriamiento.

A la mañana siguiente aumentó la calentura; Laura sentía un dolor agudo del pecho á la espalda, y aunque no se quejaba, conocíase que padecía mucho.

Llamaron al médico, el cual dijo que la joven tenía una pulmonía y no ocultó á Elvira la gravedad del mal; pero ésta no quiso creerlo, dijo que los médicos son unos ignorantes y que lo exageran todo por darse importancia; sin embargo, no se apartaba de su hija y pasaba día y noche observándola y espiando sus menores movimientos.

Se la veía agitada; si el termómetro indicaba algún grado más de fiebre, se la oprimía el corazón; quería ver continuamente al médico, pero si éste le hablaba de la gravedad de la enfermedad, disputaba con él diciendo que no entendía nada.

Sofía tampoco se apartaba de su amiga, y servía de mucho en el cuarto de la enferma, en términos que Laura, cuando deseaba algo, se lo pedía á ella más bien que á su madre.

Le arreglaba la cama y las almohadas con suavidad y presteza, lo hacía todo sin precipitarse, con calma, jamás derramaba las medicinas en la cama, y se las daba sin que la enferma se fatigase lo más mínimo, mientras que la madre siempre temblaba y estaba tan inquieta que daba lástima verla.

– Ve á descansar, le decía Laura; hazme este favor; me basta Sofía; tú estás cansada y abatida; vete á dormir.

Pero Elvira, aunque se escondía para hacerla callar, no quería salir de la habitación.

Entretanto el mal crecía y la fiebre abrasaba á la pobre joven, que se sofocaba y no podía respirar.

Jamás se quejaba ni nunca había mostrado tanta paciencia y conformidad.

Sólo un día insistió en que abriesen la ventana, pero no quisieron satisfacer su deseo porque el médico lo había prohibido, por lo cual Laura se agitó de tal modo que por la noche el doctor la encontró peor y la riñó por su capricho.

A pesar de esto, no cejó en su empeño, y aquella madrugada, en un momento en que creía que no la observaban, saltó de la cama y quiso abrir la ventana; pero su madre y Sofía corrieron á detenerla y la obligaron á volver á la cama, aunque no tan pronto que pudieran evitar que se enfriase.

– Pero ¿estás loca?, le dijo Elvira. ¿Te has empeñado en matarte?

– ¡Ojalá! Desde que estoy enferma he pensado muchas veces que la vida es bella para los que no padecen; pero que si se ha de sufrir, de tener pesadumbres, es preferible morir; al menos no se siente ya nada, se duerme, ¡y es tan agradable dormir cuando se tienen disgustos!.. No llores, mamá mía, ¡por Dios!, me haces daño; si muero, piensa en que estaré en un país lejano, contenta, y no te apures, porque tarde ó temprano irás á reunirte conmigo y tendrás ese consuelo.

Elvira se sentía morir; mas viendo al propio tiempo que su hija tenía bastante fuerza para hablar, abrigaba alguna confianza, pues pensaba que cuando la muerte está próxima no se tienen ganas de conversación.

En cambio Sofía abrigaba serios recelos por la vida de su amiga. Había visto morir muchas personas y sabía que la muerte engaña hasta los últimos momentos; además, en el rostro de Laura no leía nada bueno; tenía los ojos hundidos, rodeados de lívidas ojeras; las mejillas demacradas y de color apergaminado; parecía increíble que una enfermedad de tan pocos días la hubiese desfigurado tanto. Sólo su madre podía forjarse ilusiones, porque confiaba tanto en el vigor juvenil de su hija, que le parecía imposible que pudiese morir.

Alberto pasaba algunas horas en la habitación de la enferma, la cual le recibía con tristísima sonrisa y le alargaba su mano amarillenta y descarnada.

Un día que Sofía había salido le dijo:

– Alberto, si me muero, ¿me prometes casarte con Sofía?

– ¡Qué ocurrencias tienes! Ya verás cómo te curas y seremos felices.

La joven meneó la cabeza y añadió:

– No creo curarme, y además, ¿de qué me serviría? De empezar otra vez la lucha, los disgustos, los sufrimientos... Yo no he nacido para luchar, y más vale así: tú acuérdate de que te has de casar con Sofía; ella te ama, te ha amado siempre, y es tan buena que te hará dichoso; ¿me lo prometes, Alberto?

El joven no contestó, pero Laura sintió que le caía una lágrima en la mano.

– ¿Te casarás con ella, verdad?, volvió á preguntarle con voz apagada.

– Llevo conmigo la desgracia, contestó; más vale que me aleje de todos.

– Por Dios, no digas eso; yo soy la que te he hecho desgraciado; pero de todos modos, es preciso cumplir las últimas recomendaciones de los moribundos.

Cuando Sofía entró, le hizo prometer también que se casaría con Alberto y le haría feliz.

– Al menos no habrá impedimentos para vuestro matrimonio, dijo; ámale como yo le he amado, mientras yo ruego al cielo que os conceda la ventura que á mí me ha negado.

La enfermedad iba empeorando y el médico dijo que á Laura le quedaban pocos días de vida. Elvira no quería creerle y continuaba alimentándose de ilusiones.

Desde que cayó enferma, Laura había dejado de ser tan egoísta y era más dulce y buena. Hacía cuanto se le mandaba, tomaba todas las medicinas, mostrábase dócil y obediente, y en una palabra, parecía otra.

Cuando Sofía se acercaba á su lecho solía decirle:

– ¡Cuántas molestias te he causado! ¡Cuánto te he hecho sufrir! Pero ¿me perdonarás, no es verdad? ¿Te acordarás de mí cuando me haya muerto?

Sofía le daba un beso y le contestaba:

– No digas esas cosas; ya verás cómo te pones buena y volveremos á correr por el jardín.

Y volvía la cabeza para disimular su emoción.

Elvira veía con placer el cambio de carácter de su hija, y decía para sí: «Es perfecta; no le faltaba más que un poco de dulzura, de bondad, y ahora es un ángel.» Ni siquiera se le ocurría que pudiese morir; del mismo modo que había vivido el día anterior podía vivir el siguiente; ya es sabido que el mal acomete de pronto y desaparece muy despacio, y cada día que transcurría era un paso para la curación; en fin, no veía que se agravara la enfermedad de su hija; el médico exageraba; pero ella estaba en toda la fuerza de la juventud y ésta vence cualquier mal.

Tales eran las reflexiones de aquella madre desolada.

Pero Laura se sentía cada vez más débil y postrada; su respiración era más fatigosa, y tanto que parecía ya el estertor de un moribundo.

Llegó un momento en que llamó á su lado á su madre y á Sofía, y tomándoles las manos, las miró con ojos casi apagados.

Se ahogaba, y el gran número de almohadas en que apoyaba la cabeza no bastaba ya para que pudiera respirar con menos fatiga: pasó muchas horas silenciosa, sin aliento, y luego balbució estas palabras:

– Si muero..., no me lloréis...; no vale la pena.

El estertor fué creciendo; se envió á toda prisa en busca del médico, el cual tan luego como se presentó dijo que empezaba la agonía y que ya no podía hacerse nada.

Elvira continuaba con su sempiterna incredulidad.

De pronto Laura soltó las manos que tenía entre las suyas, se estremeció, se le pusieron rígidos los miembros, cesó el estertor y cayó inmóvil sobre las almohadas.

– Se ha desmayado, dijo Elvira.

«¡Ha muerto!,» quería decir Sofía, pero no se atrevió; arrodillóse junto al lecho y lloró por la amiga perdida.

– ¡Es imposible!, exclamaba la pobre madre.

Y quería sacudir aquel cuerpo inerte.

– ¡Es inútil!, decía Sofía sin ánimo para presenciar aquella terrible escena.



Tomándoles las manos, las miró con ojos casi apagados

– Se ha parado el corazón, decía Elvira aplicando el oído al pecho de su hija; pero quiero hacerlo andar como á mi reloj; cuando se para lo sacudo y anda todavía, y nosotros estamos hechos como los relojes.

Aplicó otra vez el oído al corazón de su hija y con acento desesperado añadió:

– ¡No anda!... ¡No quiere andar!... ¡Hay que sacudirlo más!

Y sacudía aquel cuerpo con mano convulsa.

Sofía, temiendo por la razón de la pobre madre, llamó gente é hizo que la sacaran de la habitación.

Más tarde quiso volver á entrar, prometiendo tener juicio y no hacer locuras, y en efecto, estuvo tranquila, y sin apartar un punto los ojos de la pobre difunta, se contentaba con besarla de vez en cuando.

No permitió que nadie la tocase; se empeñó en amortajarla ella misma, vistiéndola con sus propias manos como cuando era niña. La puso un vestido enteramente blanco, la peinó haciéndole dos trenzas que le bajaban por los lados, y la quiso meter por sí misma en el ataúd. Lo hizo todo en silencio, sin decir una palabra ni derramar una lágrima; luego bajó al jardín, cogió las flores más bonitas y más olorosas y las desparramó por el ataúd hasta cubrir casi el cadáver; en medio de aquellas flores asomaba solamente el hermoso rostro, blanco como la cera y de líneas tan perfectas que parecía la cabeza de una Virgen de Murillo.

La madre se quedó contemplándole, muda, inmóvil como una estatua.

Cuando fueron á cerrar el ataúd quiso impedirlo; pero la obligaron á estarse quieta, y se quedó contemplando á aquellos hombres con ojos feroces, hostiles, y si hubiese tenido un arma á su alcance, los habría matado: comprendíase así al fijarse en sus siniestras miradas y al ver la expresión de su rostro.

Sentóse luego junto al féretro y estuvo allí tranquila hasta que se lo llevaron; entonces, por más que se esforzaron en persuadirla que no se moviese de casa, no hubo medio; se empeñó en seguir á su hija.

XIX

La triste suerte de la pobre joven, muerta en la flor de su edad, había enternecido á cuantos habitaban en las cercanías de la quinta, y que acudieron á rendir el último tributo de simpatía á la pobre muerta.

Desde muy temprano se notaba inusitado movimiento alrededor de la casa, y acudían en grupos los aldeanos de las caserías y los señores de las quintas.

El féretro desaparecía entre coronas de flores, descollando una gigantesca de Sofía.

A la cabeza de la comitiva iba el cura con su roquete blanco y su bordada estola, seguido de otros sacerdotes; luego la banda de música del pueblo tocando una marcha fúnebre, algunos individuos de la sociedad de Socorros mutuos con la bandera enlutada, y detrás gran número de señoras vestidas de negro, de caballeros, de campesinos que llevaban cirios y de niños que, juntamente con los clérigos, entonaban un canto triste y monótono.

Sofía iba al lado de Elvira y de vez en cuando desahogaba con un sollozo su dolor.

En cambio Elvira estaba serena, con la mirada fija y seguía al cortejo maquinalmente, tiesa como una estatua. Se le acercaban muchos conocidos para decirle alguna frase de consuelo; pero contenidos y aun atemorizados por aquella faz inmóvil y aquella vista fija, no se atrevían á dirigirle la palabra.

– Da miedo esa pobre madre, dijo la maestra á una mujer que iba á su lado.

– Preferiría verla llorar y desesperarse, respondió ésta; tampoco me tranquiliza su actitud. ¡Pobre mujer!

– ¡Dios la ampare!, añadió la maestra. Había sido demasiado afortunada; estaba demasiado contenta, y en este mundo no se puede ser feliz.

Para ir á la iglesia había que subir por una angosta senda, formando escalones, que terminaba en el pueblo; en aquel punto la comitiva tuvo que estrecharse y la gente iba tan junta que avanzaba con dificultad.

Los curiosos salían de las casas, se asomaban á las ventanas; las mujeres se arrodillaban recitando las preces de los difuntos, y los hombres, santiguándose, se descubrían respetuosamente; por doquiera oíanse voces y exclamaciones de compasión, dirigidas no tanto á la difunta cuanto á la madre que á todos inspiraba profunda lástima.

Delante de la iglesia había una explanada, una especie de terraplén desde el cual se dominaba todo el lago.

Sentado en el pretil y casi escondido detrás de un árbol, estaba un hombre desconocido que, sin inmu-

tarse, tenía la vista fija en la dirección de donde llegaba el fúnebre cortejo.

Nadie había reparado en aquel hombre; atentos todos á la triste ceremonia, no hacían gran caso de lo que pudiera pasar alrededor.

Cuando Elvira, casi sin advertirlo, dirigió la vista hacia aquel sitio, pareció como si la hubiera estremecido un rayo: brilló su mirada con vengativo fulgor, cogió una piedra que vió á sus pies y la disparó impetuosamente contra aquel hombre; abrióse paso á puñetazos entre la muchedumbre, y echó á correr desatentada hacia él con los puños apretados y gritando:

– ¡Devuélveme mi hija!.. ¡Devuélveme la hija que me has matado!..

Parecía una furia, con los brazos extendidos y descompuesto el cabello: lo rápido de aquella acción sorprendió á la gente y nadie se atrevió á contenerla; al contrario, los unos asustados y los otros por espíritu de imitación echaron á correr por la explanada; los sacerdotes interrumpieron sus cantos, y todos huyeron, dejando el féretro abandonado.

La piedra arrojada por Elvira dió al desconocido en un brazo; si le hubiese alcanzado en la cabeza, lo habría dejado en el sitio.

Algunas personas acudieron á socorrerlo, mientras otras querían á toda costa detener á la pobre madre que seguía arrojando piedras, tierra, ramas, con una fuerza extraordinaria contra los que querían apoderarse de ella.

– ¡Cogedla! ¡Cogedla!, gritaban.

Pero nadie se atrevía á acercarse á aquella furia.

Sofía fué la única que tuvo valor para aproximarse á ella, procurando sosegarla con su dulzura.

La mirada bondadosa de la joven calmó la cólera de la madre, que rompió en deshecho llanto interrumpido por sollozos de niña mimada, y cogiendo entre sus manos la cabeza de Sofía le dijo:

– ¿Estás aquí, hija mía?.. ¿Quién había dicho que habías muerto? ¡Necios! No es verdad, no se puede morir tan joven... ¿Quién quiere llevársela? No quiero... no quiero... ¡Nadie se atreverá á arrancarla de mis brazos! ¡Qué susto tan grande he tenido! Pero ahora ya ha pasado, puesto que estás aquí...

Y seguía besándola y tocándola; prorrumpía después en una carcajada y en seguida en ruidoso llanto.

La noticia de lo sucedido circuló rápidamente por el pueblo y acudieron los agentes de la autoridad á prender á aquella mujer que apedreaba á los transeuntes.

El barón, que había presenciado la escena lleno de doloroso estupor, cuando vió á la fuerza armada guiada por el pueblo entre temeroso y curioso, no permitió que tocaran á la pobre mujer.

– ¿No veis que está loca?, dijo.

– Es que ha herido á un hombre.

– ¿Y quién es ese hombre?, preguntó el barón.

– Un tal Berletti: hemos venido aquí á cumplir con nuestro deber.

– Él ha sido quien le ha dado el golpe de gracia, contestó el barón.

Y volviéndose á los agentes les dijo:

– Está loca y por consiguiente no es responsable de sus acciones; yo me encargo de esa mujer y responderé de ella ante la autoridad. Por vuestra parte, cuidad de que se entierre á esa pobre niña.

Y señaló el féretro abandonado en la explanada de la iglesia.

El barón era bastante conocido; por esto los agentes de la autoridad no se atrevieron á insistir, tanto más, cuanto que el doctor, llamado apresuradamente al sitio de la ocurrencia, declaró que la pobre mujer había perdido en efecto la razón.

XX

Elvira se dejó llevar por Sofía á la quinta como una niña.

Habíase quedado sin fuerzas y apenas podía tenerse en pie. Pasó un rato sin hablar, con la vista fija en el suelo; y mirando luego á Sofía con sonrisa de idiota, le dijo:

– Por fin te casarás, ¿no es verdad, Laura? Ya no hay impedimentos; los he allanado todos y serás feliz. Pero ¿á quién hemos llevado á enterrar? ¿Has visto el funeral?

Luego, haciendo un ademán como el de quien recuerda una cosa que buscaba hacía tiempo, añadió:

– ¡Ah! Era el funeral de mi padre; ¡pobre papá! Estaba muy guapo, vestido de militar, con su espada al costado. ¡Cuánto me quería! Me sentaba en sus rodillas y me hablaba de mamá. ¡Cuánto se hubiera alegrado de asistir á tu boda! Pero el pobre ha muerto...

Y después de añadir otras frases incoherentes, se echó á llorar.

El médico aconsejó que la cerraran en un manicomio; pero el barón no tuvo valor para tomar en seguida semejante resolución; quería ver si aquella locura sería pasajera, mas el médico meneando la cabeza daba á entender que no lo suponía así.

En la quinta la encerraron en un cuarto y la propinaron algunos calmantes; parecía tranquila, pero seguía hablando, diciendo cosas sin sentido y llorando y riendo como una criatura.

Sofía quiso ser su enfermera y se instaló en el mismo cuarto para observarla; pero el barón y el doctor no juzgaron prudente dejar sola á la joven con la loca y se empeñaron en que la asistiese otra mujer.

Sofía era animosa, y cuando se trataba de cuidar enfermos no tenía miedo de nada, aparte de que la loca se mostraba con ella muy dócil y no hacía más que acariciarla y llamarla hija.

Alberto pasó también mucho tiempo en el cuarto de Elvira, la cual, tomando siempre á Sofía por su hija, quería que él la abrazara continuamente.

– Debéis casaros mañana, les decía; conque ya podéis estar juntos, daros las manos y abrazaros como dos esposos.

Y unía las manos de los dos jóvenes, los ponía juntos y entonces estaba satisfecha.

A Alberto le daba pena aquella mujer, y á una hora algo adelantada se marchó. Quedóse Sofía, pero durante la noche tuvo un gran susto.

Elvira sufrió un nuevo ataque de furor: tuvo como una alucinación; creyó ver la cara de Berletti, de su perseguidor, y como un toro furioso derribó y rompió los muebles y los cristales de la ventana queriendo arrojarse por ella: no había fuerza humana capaz de contenerla; Sofía y la enfermera quisieron sujetarla por los brazos; pero se desprendió con tal violencia que las dejó malparadas y tuvieron que llamar hombres para dominar á aquella furia.

Acudieron todos, el barón, Alberto, los criados, y la cogieron y sujetaron hasta que la pobre mujer, después de hacer esfuerzos sobrehumanos, se quedó rendida, postrada.

El barón se convenció de la razón que asistía al doctor, y por más que le doliese, determinó llevarla al otro día á un manicomio; comprendía que mientras la tuviese en casa no podía haber tranquilidad y aun peligraría la vida de su hija que seguía empeñada en quererla asistir.

Al día siguiente dijeron á la loca que iban á hacer una excursión de recreo; y se dejó conducir fácilmente al vapor por Alberto, Sofía y el médico.

El barón no tuvo valor para acompañarles; desde muy temprano se retiró á su despacho, y cuando no oyó rumor alguno en la casa, sintió como un gran vacío, una fuerte opresión, y estuvo abstraído algún tiempo con la cabeza entre las manos.

Al levantarse se miró al espejo y notó que tenía los ojos encarnados como si hubiese llorado, por lo cual se lavó la cara con agua fresca, diciendo para sí:

– ¡Qué vergüenza! A mi edad llorar como un niño... Si me viese Sofía...

Quiso distraerse; procuró continuar trabajando en su obra, en sus libros; pero no tenía la imaginación para ello; se confundían sus ideas, y hasta recelaba perder también la razón.

Entretanto Sofía, Alberto y el médico acompañando á la loca iban en carruaje por el camino de Mombello. Elvira no decía una palabra, era indiferente á todo: una sola vez preguntó á los dos jóvenes si iban á casarse y luego guardó silencio.

Cuando llegó el momento de separarse de Sofía, la abrazó, la llamó hija y la recomendó á Alberto.

– Hazla feliz... Es tu esposa; ahora debo separarme de ella, pero acordaos de mí alguna vez.

Sofía se afligió en extremo al oir estas palabras y sintió profunda lástima por la pobre mujer. Antes de partir la recomendó mucho al director del establecimiento haciendo que le prometiese que no carecería de nada, pues ella y su padre se cuidarían de todo lo demás; luego regresó á la quinta, desfallecida á causa de tantas emociones.

(Concluirá)



Cogió una piedra y la disparó contra aquel hombre

SECCIÓN CIENTÍFICA

HISTORIA DEL PARACAÍDAS

Atribúyese generalmente la invención del paracaídas á Garnerín, lo cual es un error: Sebastián Lenormand, en 1783, se arrojó desde la torre del observa-

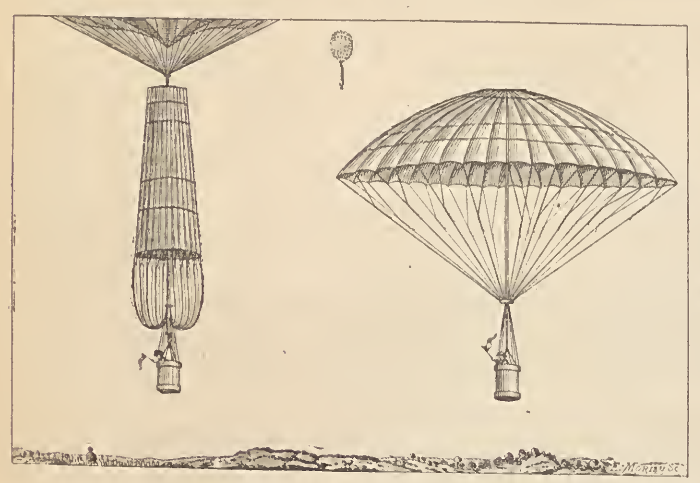


Fig. 1. Experimento del paracaídas hecho en Inglaterra por Garnerín en 1802 (De un grabado de la época)

torio de Montpellier por medio de un paracaídas inventado por él. Blanchard, conocido aeronauta, se sirvió de paracaídas para hacer descender de su globo carneros, perros, conejos ó gatos, y ya mucho antes que él algunos inventores propusieron la idea de tal aparato. Pero Garnerín fué el primero que construyó un paracaídas de grandes dimensiones capaz de caer desde gran altura y de sostener en el aire el peso de un hombre, teniendo el valor de confiarse él mismo á su aparato: discípulo del físico Charle, estaba afiliado desde su juventud á las ideas revolucionarias: enviado como comisario al ejército del Norte fué hecho prisionero y llevado durante muchos años por los austriacos de cárcel en cárcel, concibiendo entonces el proyecto de evadirse por medio de un paracaídas. «El amor á la libertad, dice el mismo Garnerín, tan natural en un prisionero, más de una vez me inspiró el deseo de evadirme. Sorprender la vigilancia de mis centinelas, romper enormes rejas de hierro, horadar muros de diez pies de espesor, precipitarme desde lo alto de una muralla, tales eran los proyectos que á veces acariciaba. La idea de Blanchard de presentar grandes superficies al aire para neutralizar con su resistencia la aceleración de movimiento en la caída de los cuerpos, parecióme que no necesitaba más que una buena teoría para

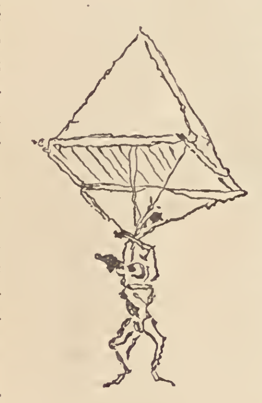


Fig. 2. Principio del paracaídas. (Facsímile de un dibujo de Leonardo de Vinci.)

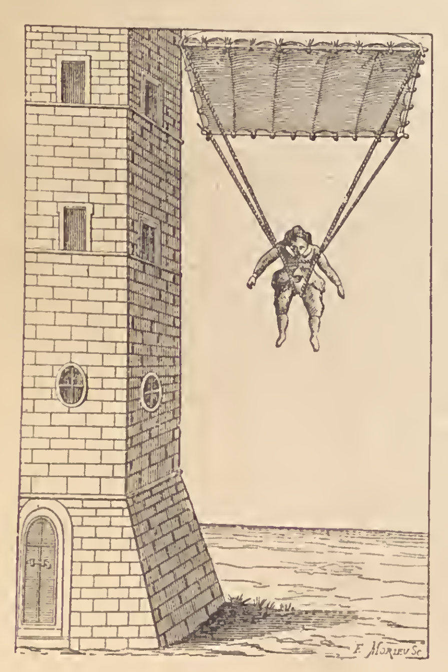


Fig. 3. El paracaídas de Venecia (1617) (De un grabado de la época)

ser utilizada con éxito, y en su consecuencia púseme á sentar las bases de la misma.»

Cuando le pusieron en libertad, Garnerín realizó la empresa que había concebido y por tanto tiempo meditado en la cárcel. El día 1.º de brumario del año VI (22 de octubre de 1797) se elevó en el globo en el parque de Monceau ante un público silencioso presa de gran inquietud; cuando hubo alcanzado una altura de 700 metros cortó la cuerda que unía su paracaídas y su carro al aerostato, éste hizo explosión y el paracaídas descendió muy rápidamente, adquiriendo un movimiento de oscilación tan espantoso que todos los espectadores prorrumpieron en un grito de terror. Sin embargo, Garnerín descendió en la llanura de Monceau en medio de una multitud inmensa que demostró la admiración que le produjeron el talento y el valor de ese joven aeronauta. Garnerín, su hermano y sobre todo su sobrina Elisa repitieron con frecuencia el experimento.

La fig. 1, que representa un experimento ejecutado en 1802 en Inglaterra, reproduce la disposición que para su aparato adoptó Garnerín. El paracaídas estaba unido á la parte inferior del aerostato, del que podía desprenderlo el aeronauta por medio de una cuerda: en el momento de la separación, el aerostato, libre de un peso considerable, elevábase con rapidez suma y á veces estallaba en el aire, y el paracaídas, abandonado á sí mismo, se abría y descendía lentamente hasta la tierra, ofreciendo el espectáculo de un gran aparato cerniéndose en la atmósfera.

Al aparecer los globos en 1783, Sebastián Lenormand inventó un paracaídas cónico con el que pudo lanzarse desde la torre del observatorio de Montpellier; este experimento, que se realizó en 26 de diciembre, no fué repetido.

La idea del paracaídas, por otra parte, la encontramos también en más remoto pasado, pues se remonta á Leonardo de Vinci, el sabio ingeniero y célebre artista del Renacimiento, que se ocupó mucho de locomoción aérea y que dejó entre sus escritos un proyecto de helicóptero.

Consultando el capítulo *Leonardo letterato e scienziato* de la obra *Saggio delle opere di Leonardo de Vinci*, se comprueba que el artista había estudiado el medio para medir el esfuerzo que puede ejercerse golpeando el aire con paletas de determinadas dimensiones, y que había inventado el paracaídas, del cual hizo el dibujo que reproduce la fig. 2 y que describe diciendo: «Si un hombre tiene un pabellón (tienda) de tela almidonada cada una de cuyas caras tenga 12 brazas de ancho y 12 de alto, podrá tirarse de cualquier altura sin riesgo alguno.» Esta descripción ha sido posteriormente reproducida, mejorando la manera de representar el aparato en una colección de máquinas de Fausto Verancio, publicada en Venecia en 1617. La fig. 3 reproduce el paracaídas que el autor define en los términos inspirados en los de Leonardo de Vinci.

Algunos meses después del memorable experimento de la ascensión de un aerostato de aire caliente, llevado á cabo en Annonay por los hermanos Montgolfier, Sebastián Lenormand hizo en 23 de diciembre de 1783 el curioso experimento de arrojarse desde lo alto de un olmo sosteniendo en sus manos dos parasoles de 30 pulgadas de radio. Poco tiempo después había construído un verdadero paracaídas cónico que describe así: «Con una cuerda gruesa formo un círculo de catorce pies de diámetro, y á su alrededor pego fuertemente un cono de tela de seis pies de altura que forro de papel encolándolo sobre la tela para que ésta sea impermeable al aire, y aun mejor que esto, empleo tafetán cubierto de goma elástica. Coloco alrededor del cono unas cuerdecitas unidas en su parte inferior á un pequeño armazón de mimbre, con el cual forman un cono invertido truncado y en el que yo me sitúo. De este modo evito las ballenas del parasol y el mango, que significarían un peso considerable. Tengo la seguridad de exponerme tan poco, que me ofrezco á hacer yo mismo el experimento después de haber ensayado el paracaídas con diversos pesos para asegurarme de su solidez.»

Después de los viajes aéreos realizados á fines de 1783 por Pilatre de Rozier y d'Arlandes en un globo de aire caliente, y por Charles y Robert en el primer aerostato de gas, Blanchard se lanzó á la aeronáutica y pensó en dotar al globo de un verdadero paracaídas, destinado á moderar su descenso. La barquilla llevaba además dos alas dobles destinadas á la dirección, que no dieron resultado alguno. La fig. 4, tomada de un grabado de la época, reproduce el apa-

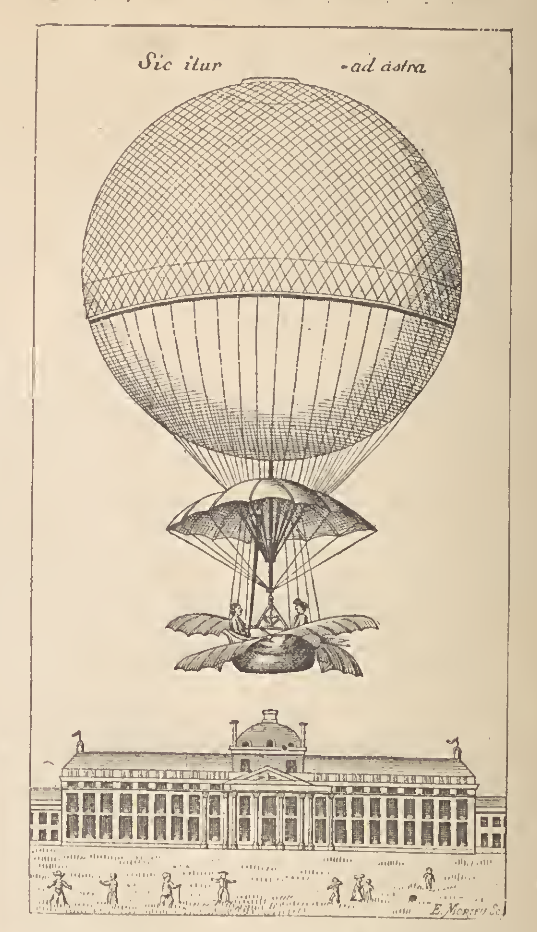


Fig. 4. El buque volante de Blanchard. Experimento de 2 de marzo de 1784 en el Campo de Marte

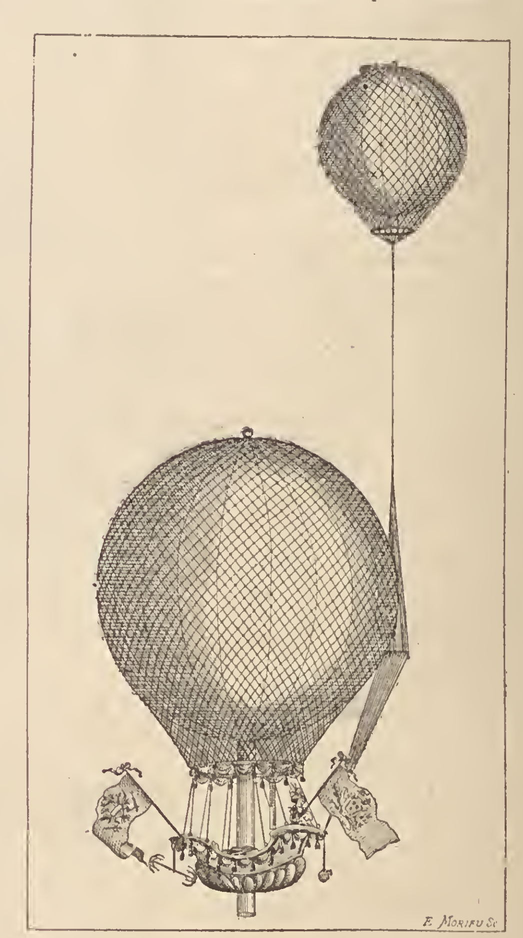


Fig. 5. El paracaídas de Blanchard con su globo anexo: el paracaídas sostiene un cordero

rato que Blanchard denominó *buque volante*. Más tarde elevó con sus globos paracaídas más completos, con los cuales hacía descender á la tierra varios animales: la fig. 5 representa el décimoctavo viaje aéreo de Blanchard, y por ella se ve que Blanchard se servía de un pequeño globo para tener levantado el paracaídas, y cuando quería que éste descendiera no tenía más que separarlo de aquél.

Las modificaciones introducidas en el paracaídas después de Garnerín, salvo las recientes de M. Capazza, no han tenido buen éxito. En 27 de septiembre de 1836 Cokin pereció haciendo la prueba de un paracaídas en forma de cono invertido; en 1853 Francisco Letur murió también queriendo ensayar un paracaídas provisto de dos alas de dirección, y en 1874 De Groof perdió la vida probando un paracaídas de su invención. – G. T.

(De *La Nature*)

EL CARDENAL LAVIGERIE

En la sección de Miscelánea del núm. 523 de La Ilustración Artística consignamos algunas anécdotas relativas al eminente cardenal Lavigerie, y al hablar del sepulcro que en vida se mandó construir en la ciudad de Cartago y del epitafio que para el mismo tenía ya esculpido, y en el cual sólo faltaba la fecha del fallecimiento, decíamos que el sabio prelado «por un exceso de previsión tiene reservada ya una cantidad para el obrero que en su día, ¡quiera Dios en bien de la civilización que sea lejano!, haya de esculpirla.»

Este día triste ha llegado: el cardenal Lavigerie ha fallecido en Argel en la madrugada del día 26 del próximo pasado noviembre.

Carlos Marcial Allemand Lavigerie nació en Bayona en 31 de octubre de 1825, y á poco de haber entrado en el sacerdocio fué nombrado profesor de Historia Eclesiástica en la facultad de Teología de París. Desempeñó varios cargos honoríficos en la corte pontificia, y en 1863 fué nombrado obispo de Nancy, siendo trasladado en 1867 á la silla de Argel, que acababa de ser erigida en arzobispado, y tomando el título de arzobispo de Cartago y Argel. En ese puesto dió pruebas de gran celo religioso fundando varios establecimientos benéficos. Sus tentativas para propagar el catolicismo entre los indígenas le enemistaron con el gobernador militar de Argelia, y provocaron entre él y el mariscal Mac Mahón disensiones que en 1868 produjeron sensación profunda.

Era oficial de la Legión de Honor desde 1866 y cardenal desde 1882.

De todos sus trabajos los que mayor fama le han valido han sido los que con actividad incansable ha realizado para combatir la esclavitud en Africa; á este fin fundó una sociedad antiesclavista internacional, y en 1891 una orden religiosa y guerrera, llamada de los *monjes del Sahara* ó de *hermanos de armas del Sahara* y dedicada á defender á los esclavos que los mercaderes conducen á través de este desierto, habiendo inaugurado en 5 de abril de dicho año, en Biskra, la primera casa de esa orden, cuyos miembros, entre los que se cuentan personas distinguidas y de elevada posición, están sometidos á estrecha y severísima regla.

Su campaña aconsejando á los católicos franceses que aceptaran el gobierno de la República, siguiendo los consejos del Sumo Pontífice, es demasiado reciente para que hayamos de hablar de la elevación de miras y mansedumbre cristiana de que durante ella dió elocuentes pruebas.



EL CARDENAL LAVIGERIE, fallecido en 26 de noviembre
Copia del retrato de L. Bonnat

Tampoco diremos nada de su obra antiesclavista: es tan grande y tan santo el pensamiento, y con energía y celo tales se consagró á su desarrollo el cardenal Lavigerie, que basta haberlo enunciado para que en la conciencia de todos se afirme el convencimiento de que quien supo concebirlo y realizarlo ha hecho en pro de la civilización mucho más que esos grandes conquistadores cuyos nombres están escritos con letras de oro en las páginas de la historia de la humanidad.

El cardenal Lavigerie era hombre de elevada estatura, de noble porte y de maneras elegantes: parecía pertenecer al siglo de los prelados guerreros, y hubiera llevado tan fácilmente la armadura de los cruzados como el purpúreo traje cardenalicio. Los principales rasgos de su carácter fueron la actividad intelectual para concebir grandes proyectos, la pasión con que los defendía y la tenacidad con que los llevaba á cabo y que le hacía acometer y dominar los mayores obstáculos. Su vida íntima ordinaria era de una sencillez extrema: levantábase lo más tarde á las cinco y media, no hacía más que una comida al día y se acostaba antes de las nueve. El despacho de la correspondencia, la lectura de los periódicos y los asuntos de su diócesis y de su obra antiesclavista ocupaban por entero su existencia.

Era un escritor distinguido; algunas de sus cartas son un modelo de precisión, de claridad y de estilo castizo, y en sus discursos seducía ó arrebataba, ora apelando á una elocuencia insinuante y persuasiva, ora mostrándose orador fogoso, irresistible.

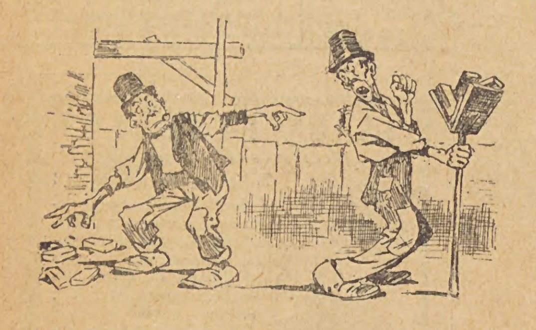
Fué muy popular entre los árabes, para quienes era el gran jefe religioso, el gran morabito de Francia, y á quien respetaban y estimaban tanto ó más que al gobernador general francés. Los colonos europeos fueron á veces más suspicaces y menos justos con el ilustre prelado, y algunos llegaban á suponerle codicioso en extremo y dueño de inmensa fortuna, representada por vastísimos territorios de cultivo. Y sin embargo, nada más inexacto: en efecto, todos los terrenos comprados, roturados ó mejorados merced al celo del cardenal eran por éste cedidos, en cuanto comenzaban á producir algo, á las misiones, á los asilos de huérfanos y á otras instituciones benéficas. M. Lavigerie nada guardó para sí de los cuantiosos bienes de que ha podido disponer y cuyo valor ha centuplicado en sus manos.

El retrato del cardenal que publicamos es obra del famoso pintor Bonnat, y después de haber sido admirado en la Exposición universal de París de 1889 figura actualmente en la internacional de Bellas Artes que se celebra en Madrid, y para la cual ha sido su autor elegido jurado por los artistas franceses que en ese certamen han tomado parte.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

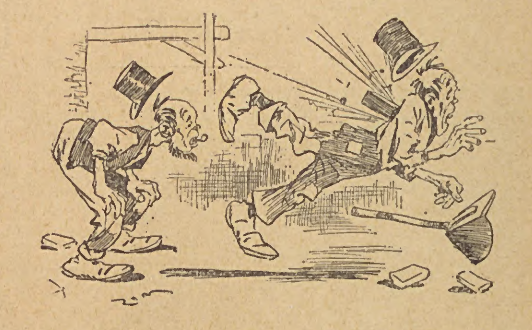
AÑO XI — BARCELONA 5 DE DICIEMBRE DE 1892 — NÚM. 571



—¡Rediós qué araña tienes en la espalda!



—¡No te muevas!



—Ya reventó
—Y yo también.



FÁBRICA la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo menos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otras de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

EL BIEN DE LA HUMANIDAD

HAN pasado exactamente cuatrocientos años desde que Colón se hizo á la vela en Palos en su primer viaje de descubrimiento. Navegó al Océano en el Oeste sin saber si llegaría á ver tierra ó lo que pudiera acontecerle en el camino. La historia no refiere otro hecho de más valor y fe. La mar era un desierto de agua libre y lo que pudiera existir al Oeste se desconocía. El descubrió un Nuevo Mundo que hoy se halla poblado con representantes de todas las naciones. Cuatro siglos maravillosos han bastado para efectuar esto. Nada puede quitar á la vieja España la gloria que corresponde á este gran hecho. En uno de sus puertos se hizo á la vela el profeta entre geógrafos, y con el dinero y protección de España logró dar el paso más importante que registran los anales de la raza humana. Su heroísmo sublime no le enriqueció, pero el beneficio que ha reportado después á la humanidad es indecible. En la Exposición que se va á celebrar en América en conmemoración de este acontecimiento, España debe ocupar un lugar en consonancia con el justificado orgullo que tiene en tan gran descubrimiento, pues ninguna de sus grandes empresas puede compararse con ésta en ventaja á las naciones entre las cuales ha ocupado por tanto tiempo un distinguido lugar. Que esta opinión es imparcial, no lo dudarán los lectores cuando sepan que el que escribe es un americano que ha residido en la tierra de Fernando é Isabel por muchos años. Probablemente no hay acción que sea por completo desinteresada, pero en la naturaleza misma del caso, los hechos que condujeron al descubrimiento de América no pudieron ser concretados en sus resultados á una nación ó pueblo aislado. Y no hay sentimiento tan noble como aquel cuyo objeto es el bien del hombre, *como hombre*, sin reparar en credo ó idioma. Y lo mismo atañe á cosas grandes que á pequeñas.

La siguiente carta demuestra tal principio, y nadie puede dudar de su justa aplicación.

El Sr. D. Bernardo Bernia y Rubio, que reside en la calle de la Libertad, número 36, 1.°, 2.ª, Gracia, dice: «Certifico que por varios años he venido padeciendo agudos dolores en los huesos y articulaciones y he tomado muchos remedios sin percibir alivio alguno. Mis fuerzas disminuían cada día y mi apetito era más débil. Fuí á la droguería de la calle del Hospital en Barcelona; pero fué con su específico denominado *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* que al fin quedé completamente curado de todos mis dolores y enfermedades. Ahora gozo de buen apetito, y *por el bien de la humanidad* certifico esto en Barcelona el 29 de agosto de 1892. (Firmado) Bernardo Bernia.»

Ahora bien, ¿qué debemos deducir de esta declaración franca y clara? Esto: que el que la hace estaba sufriendo (como casi todo el mundo sufre más ó menos) de esa enfermedad universal, indigestión y dispepsia. Además de los síntomas que él menciona hay muchos otros que indican su presencia: mal sabor en la boca, la sensación de efervescencia ó gas en la garganta, dolor de cabeza, pesadez y dolores después de comer, amarillez del cutis y ojos, insomnio y falta de energía, falta de acción en los riñones é hígado, etc., etc. La infeliz víctima se inutiliza, en una palabra, para sí y para los demás. Esta enfermedad existe en todos los pueblos y en todas las épocas. No hay remedio fidedigno que la cure excepto el que fué usado muy afortunadamente por el suscriptor citado; y el descubrimiento hecho por la Madre Seigel de una medicina que lleva su nombre honrado, es digno de figurar entre los sucesos más felices de la historia moderna.

Todos pueden y deben usarlo. Es benigno aun para las personas más delicadas, y al mismo tiempo ejerce su poder en casos que médicos eminentes han admitido estar fuera de los alcances de tratamientos ordinarios.

Esta verdad es admitida en todas las partes del Globo.

¿Y no podemos declarar racionalmente que el descubrimiento de un remedio que salva á la humanidad de enfermedades y muerte prematura es digno de mencionarse aún en conexión con el descubrimiento de nuevas tierras para su ocupación?

Aquellos que han sido curados, al menos, que respondan afirmativamente.

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, n.° 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; Frasquito, 8 reales.

CURIOSIDAD SATISFECHA



Donde menos se piensa.....



salta la liebre.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN